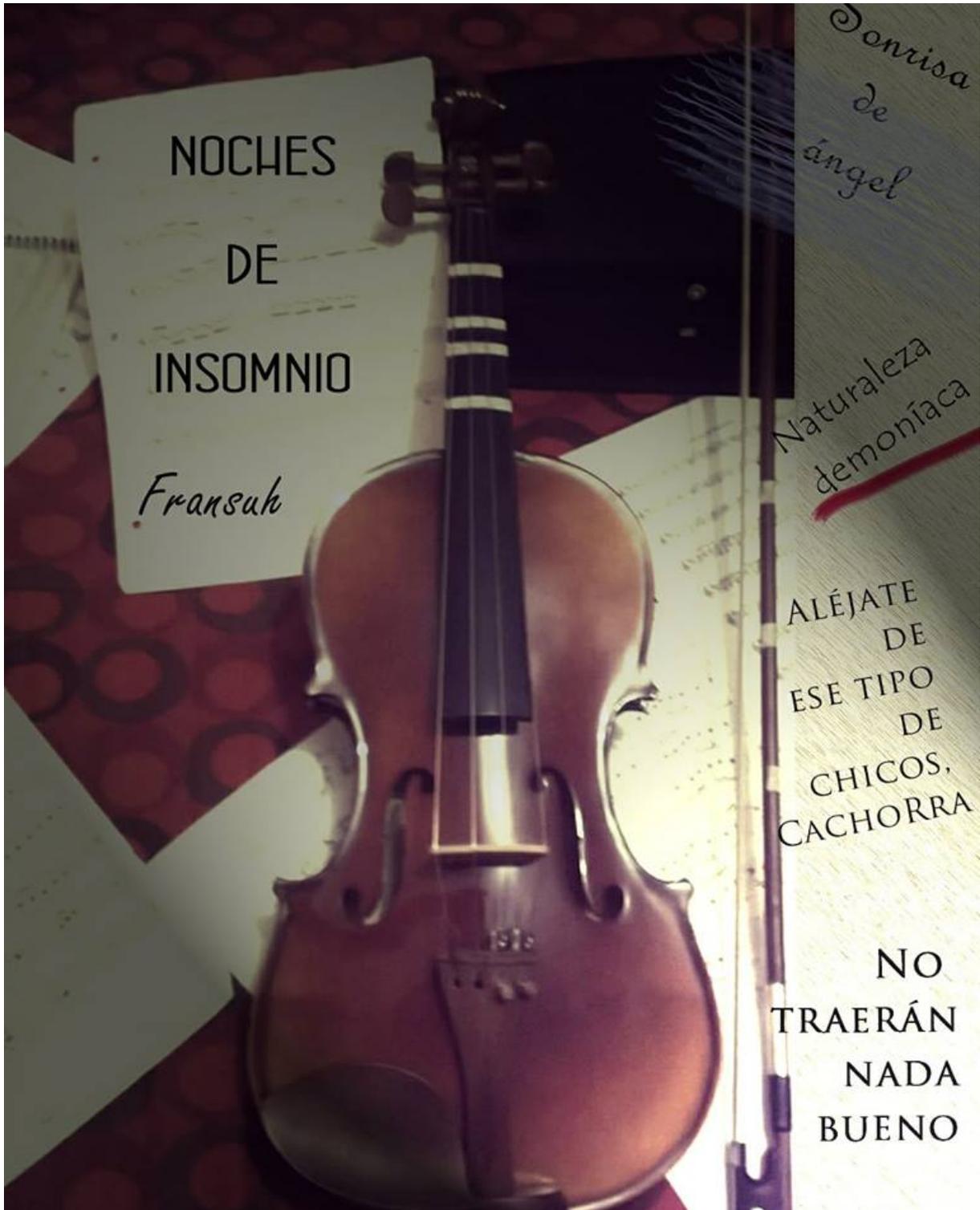


Noches de insomnio

Fransuh



Capítulo 1

CAPÍTULO I

Cuando abrí los ojos lo primero que distinguí fue una superficie completamente blanca, sin ningún rastro de hojas en ella: fue inevitable preguntarme a dónde podrían haber ido a parar todas las fotos y dibujos con los que solía decorar mi techo.

El reloj del velador marcaba la 1:28 am. El segundero avanzó un paso más y todo fue más sencillo: claro, ya lo recuerdo. Todo lo que hacía de mi habitación "mi habitación", estaba metido en alguna de las cajas de mudanza, aún sin abrir, que reposaban al pie del armario. Ése era el principal motivo por el que todo mi cuerpo trajera esa incómoda sensación de alerta: estaba en un lugar que me era completamente ajeno. Después de todo, ésta no era mi antigua habitación en la casa del abuelo Cides, en Asiri.

Evidentemente no podía dormir por eso: nadie puede dormir en un lugar que le resulta tan distante.

Lirau queda a cinco horas de viaje en auto (tres en tren) de Asiri, y la hermosura de la ciudad recae en el majestuoso mar que posee. Hermosura que, sinceramente, ahora resultaba casi irrelevante porque habían detalles más importantes que tomar en cuenta.

El principal, por ejemplo, que el abuelo se quedaría solo allá; sin mí.

»— Cachorra, vas a estar bien, ¿sí? — me había pedido por la tarde mientras íbamos en su auto rumbo a la nueva casa que Gisell había comprado, y de la que se había hablado hasta el hartazgo. Asentí fuertemente, sin atreverme a despegar los ojos de la ventana y voltear a mirarlo —. Joan y Petardo van a estar contigo así que simplemente ignora cualquier comentario tonto de Corín o Gisell.

»— Sí, abuelo — me esforcé en responder, pero la voz me salió ahogada de tanto que apretaba la garganta.

No me gustaba la idea de mudarme a una ciudad tan grande cuando había pasado la mayor parte de mi vida en una localidad pequeña, con campos abiertos preciosísimos rodeando la vieja casa del abuelo. Con el sol filtrándose por las ventanas todas las mañanas y con el bonito espectáculo que brindaban las espigas al mecerse con el viento vespertino.

Pero eso era algo que a Gisell no le importaba. Al igual que cualquiera de mis opiniones, a decir verdad.

»— Tienes que estudiar, Cachorra, y no hay mejor lugar que Lirau para hacerlo.

»— La escuela a la que iba allá también era buena, abuelo Cides — protesté.

»— Sí, hija, lo sé; pero el próximo año ya deberías empezar la universidad, y la que tanto querías está en Lirau. Y ahora que Gisell acaba de comprar el dichoso “palacio” ese — empleó ese tonito irónico que tanta gracia me daba—, pues va a ser más sencillo que lo hagas. Además, también podrán estar con Joan: él ya no tendrá que vivir en esa habitación alquilada.

Bueno, por ese lado el asunto pintaba bastante bien. Joan, mi hermano mayor, había dejado Asiri hace un año para juntar dinero y pagarse él mismo la universidad. Gisell y el abuelo habían insistido en que ellos podían costearle los estudios pero él, tan testarudo como siempre, se rehusó y emprendió en solitario su viaje a Lirau dispuesto a “ganarse la vida”, como siempre repetía.

Por mi lado el asunto era otro. De pequeña repetía que quería estudiar en la misma universidad a la que fue papá; pero claro, a esa edad no comprendía que “estudiar en Lirau” implicaba mudarme, dejar al abuelo e incluir a Gisell y a Corín en la bolsa de viaje.

Además, ahora ni siquiera estaba segura de si realmente quería acudir a la universidad después de terminar el bachillerato.

Él negó con la cabeza, sin quitar la mirada de la carretera:

»— No, Cachorra. Los estudios son muy importantes; son de lo que dependerá tu futuro.

»— Pero...

»— ¡Chitón! Ni una palabra más, jovencita. — Y dio por terminada la conversación. No me quedó más que dejarme caer sobre el asiento, derrotada.

El abuelo Cides es un hombre alto, de cabellos canos, bigote poblado color gris y una masa muscular que cualquier individuo de setenta y cinco años envidiaría. Desde que mi memoria dejó de almacenar recuerdos borrosos de la primera infancia, todo lo que mi mente trae a modo de remembranza cada vez que pienso en mi niñez es su rostro amable, su sonrisa bondadosa y esa voz tan bonita con la que solía narrarme los

cuentos que siempre le pedía.

He vivido con él desde los cinco años de edad. Ahora, con diecisiete años a cuestas, era más que evidente que me dolería la separación.

Cuando escuché la palabra “mudanza”, sentí como si una roca enorme me aplastara.

»— Abuelo...

»— ¿Sí, Cachorra?

Árbol tras árbol pasaba frente a mis ojos: de pequeña siempre le preguntaba por qué parecía que nos seguían.

»— ¿Vas a extrañarme?

Soltó una risotada:

»— ¡Ni tanto! Ahora voy a tener más tiempo para leer todos esos libros que dejó la loca de tu abuela. Y me va a venir bien descansar un poco de todos esos grititos de: “¡Abuelo, abuelo!”, que me soltabas cuando volvías de la escuela. — Me reí un poco ante la imitación boba de mi voz.

»— Yo también voy a extrañarte — respondí, porque en el fondo eso era lo que sus palabras decían.

Llegamos a Lirau después de cruzar un túnel que terminaba en una larga carretera que tenía al lado derecho ese espectacular mar del que todos hablaban; y media hora más tarde me encontré en una bonita calle residencial. Varios niños jugaban en las pistas desprovistas de autos, y algunos adultos aprovechaban el sábado para salir a regar sus jardines.

El abuelo soltó un silbido asombrado. Supuse que Gisell estaría gritando de la emoción mientras iba en su auto, junto a Corín y Joan mientras seguían al camión de mudanza.

No fue hasta que doblamos la calle que el auto se detuvo. Petardo, nuestro pastor alemán, lanzó un ladrido desde el asiento posterior. El abuelo se desabrochó el cinturón de seguridad para bajar y contemplar la nueva residencia.

Bien, no puedo negar que incluso para mí el asunto fue un tanto sorprendente: ahí, en frente, tenía una casa lo bastante grande como para que vivieran por lo menos seis personas. Al lado, un pequeño pasadizo se abría paso rumbo a lo que parecía ser un amplio jardín.

Cielos, era una casa enorme y nosotros solo éramos cuatro personas y un perro.

Quise volver a insistir con lo de que el abuelo también podría mudarse con nosotros, pero recordé lo férreo de su postura: ya me había dejado en claro que jamás se mudaría a la ciudad. Uno porque le fascinaba la vida campestre, y dos porque dejar su antigua casa sería como tirar al olvido el recuerdo de la abuela Marlene.

»— ¡Yo quiero la habitación más grande! — exclamó Corín que apareció como invocada, pasó a velocidad luz rumbo a la puerta y me dio un empujón que me magulló el hombro.

»— Ella es más pequeña, así que ni me pongas gestos — añadió Gisell detrás de mí.

A decir verdad el espacio era un tema que me traía sin cuidado. Es más, si ella hubiera preferido que me quedara con el abuelo en Asiri, yo habría terminado dando volteretas en el aire más que contenta. Pero no, estaba aquí, casi como ese molesto paquete que obligatoriamente no puedes dejar atrás.

»— ¿Por qué siempre tienes que ponerte tan antipática con Sisa, eh? — lanzó Joan mientras empezaba a trasladar algunas cajas desde el camión de mudanza. Gisell frunció los labios y me lanzó una mirada reprobatoria.

Quise decirle “¡pero si yo no he dicho nada!”; pero de ahí recordé que mi sola presencia era motivo de reprobación para ella así que mejor no. Con Gisell y Corín las cosas siempre han sido muy sencillas: mientras menos se me notara, mucho mejor para ellas.

Todos ayudamos con la descarga de las cosas. Los del servicio de mudanza se encargaron de dejar todos los muebles pesados en las zonas que Gisell les iba señalando mientras no dejaba de repetir que la casa era una completa belleza. Joan y el abuelo pasaban de tanto en tanto junto a mí, imitando sus palabras con tonos extremadamente agudos: tuve que esforzarme muchísimo para no reírme a carcajadas y ganarme una reprimenda de las buenas.

Exactamente a las cinco y media de la tarde todo ya estaba al interior de la casa. Entonces llegó la hora de despedirme del abuelo, en medio del llanto desconsolado que me atacó. Se había ofrecido a ayudarnos con las cosas pero Gisell señaló que de preferencia ya volviera a Asiri o sería peligroso manejar después, cuando estuviera más oscuro.

El tono, obviamente nada amistoso, bastó para que él decidiera retirarse

de inmediato.

Yo ya no era de las que lloraban fácilmente (a diferencia de cuando era más pequeña), pero ahora el pensar que el abuelo iba a estar completamente solo allá me oprimió el pecho de la tristeza. Ya estaba algo mayor, ¿qué tal si le pasaba algo? ¡Si necesitaba de nuestra ayuda y nosotros estábamos a kilómetros lejos!

Joan se acercó a sobarme la espalda mientras el abuelo repetía que las cinco horas entre Asiri y Lirau eran insignificantes tanto para él y su auto, como para mí si iba en tren. Gisell mencionó que yo estaba exagerando, y Corín no tuvo mejor comentario que exclamar que eso no me daría excusa para después pedir la habitación más grande que ya le pertenecía a ella.

Quise gritarle que se quedara con todas las habitaciones si se le antojaba; pero Joan se me adelantó diciendo que, para tal caso, todos íbamos a terminar durmiendo en la casa de Petardo ya que ella parecía querer ocupar toda la casa.

»— No le hables así a tu hermana — le advirtió Gisell.

»— Entonces dile que deje de ser tan jodidamente superficial respondió mordazmente.

El abuelo lo miró con seriedad:

»— Cuida esa boca, hijo. Es tu madre. — Joan resopló disgustado pero asintió levemente —. Y tú, Cachorra, ya no llores o me pondré muy triste. — Asentí y me limpié las lágrimas con la manga del suéter; Gisell ingresó a la casa junto a Corín mientras hablaban de ver la cocina —. Es más, si prometes estar tranquila y estudiar mucho, hasta podríamos ir a comprar ese violín eléctrico que tanto querías.

»— No te preocupes, abuelo. El que tengo funciona súper bien. Cuídate mucho, por favor.

»— Pierde cuidado, hija. — Y nos sonrió enormemente, me besó en la cabeza, se despidió de todos y subió a su auto. Encendió el motor, cambió de dirección y más adelante se perdió de vista porque la inmensa calle doblaba a la izquierda.

Abuelo...

»— Oye, Bellota, tranquila, ¿sí? — me dijo Joan —. El abuelo no va a estar solo mucho tiempo, así que deja de preocuparte.

»— Sí...

i¿Eh?!

Me reincorporé violentamente: ¡momento! Ahora que lo pienso mejor, ¿a qué se refería Joan exactamente con eso?

Ahh, a veces comprendo por qué Gisell se enfada con él. Suele ser tan misterioso en ciertas ocasiones que a una le dan ganas de golpearlo.

Estaba por volver a recostarme pero oír un par de rasguños en la puerta. Quité los cobertores y me puse de pie; abrí y Petardo me miró con la lengua afuera.

- ¿Tú tampoco puedes dormir? — le pregunté; pasó meneando la cola y se tumbó sobre la alfombra. Al parecer no era la única a la que estaba costándole el acostumbrarse.

Mmm, a ver: mañana tendré que ordenar mi habitación si quiero que sea un lugar habitable, y el lunes empiezo las clases en la escuela en la que Gisell me inscribió... Tal vez debería unirme a algún club para pasar más tiempo fuera de casa; me pregunto si habrá por lo menos uno de Música, mmm...

La verdad tengo unas ganas tremendas de sacar el violín porque es una de las cosas que más funcionan para relajarme, pero sé que si alguna nota empieza a sonar en el ambiente Gisell vendrá hecha una furia dispuesta a romperlo, tal vez sobre mi cabeza para de paso rompérmela también. Y no se lo reprocharía: dos de la mañana no es una hora precisamente prudente para andar de concertista.

Resoplé desganada y me recosté para observar el techo nuevamente. En realidad las cosas con Gisell siempre han sido así y dudo mucho que cambien. Creo que en cierto modo yo soy la culpable de que su matrimonio con papá...bueno, con David, se hubiera desmoronado poco a poco. Después de todo, que de la noche a la mañana tu esposo decida hacerse cargo de la hija de su mejor amiga que falleció de cáncer, no era una cuestión sencilla de asimilar.

Llegué a la casa del abuelo Cides hace doce años, cuando David (al que ya me he acostumbrado a llamar papá) me trajo con él. Tenía cinco años y la verdad es que hay ciertas partes que no recuerdo de mi llegada, pero una de las que jamás podré olvidar es la del rostro desencajado de Gisell que no tuvo reparos en exclamar que yo "no era su problema". Después de todo, mi madre debía tener parientes que quisieran hacerse cargo de mí.

Lo malo fue que no habían, así de simple: supongo que la única tía que me acogió mientras mamá permanecía internada dio un paso al costado

porque sino estaría con ella. Ahora, cuando intento recordar mejor esa escena, creo que de haber sido un tanto más grande y comprender realmente las cosas, me habría dolido muchísimo el oír cómo David y Gisell peleaban a gritos en su habitación, mientras el abuelo Cides y la abuela Marlene le ofrecían galletas y leche a la niña que acababa de llegar, para mitigar todo el horrible estruendo de allá arriba.

Un curioso Joan de siete años de edad bajó por las escaleras y preguntó quién era yo. El abuelo Cides tuvo la magistral idea de lanzarle de frente que era su hermana, así que para darme cuenta ya estaba en el jardín, jugando con él mientras gritaba a toda voz que estaba feliz por mi llegada.

Tal vez he ahí el motivo por el que ambos seamos tan cercanos. No somos hermanos biológicos, pero casi juraría que nadie lo quiere como yo.

A medida que los años pasaban, notaba que el abuelo Cides, la abuela Marlene, Joan y papá se empeñaban en hacerme sentir sumamente querida, tal vez para compensar en algo la notoria antipatía que Gisell me profesaba. Una vez tuve la osadía de preguntarle por qué no me quería (siete años, sí, error garrafal de niño), y ella fue muy sincera al decirme que porque era el vivo retrato de Aura, mi madre.

En ese momento me pregunté a mí misma qué de malo habría en ello. Pero años después, cuando a la tía Ruth (hermana menor de papá), se le escapó que él, Gisell y mamá habían sido compañeros de universidad; y él y mamá pareja en cierta etapa de su juventud, fue que lo comprendí todo.

Gisell no me tenía mucha estima que digamos porque le recordaba a la mujer que papá una vez amó. Y la verdad es que no estoy enterada del todo pero supongo que ha de sentirse horrible criar a la hija de una ex novia a la que tu esposo parece haberle guardado mucho cariño. Ahí radicaba la razón por la que nuestra relación fuese un tanto complicada, y que ella les guardara tanto resentimiento a los abuelos que fueron de los que se encariñaron rápidamente conmigo y me abrieron las puertas de su hogar.

La abuela Marlene y papá fallecieron poco después del cumpleaños número cinco de Corín en un terrible accidente en la fábrica en la que él trabajaba. Ya han pasado algo de nueve años de aquello, nueve años en los que la casa se convirtió en una especie de campo de batalla en la que los equipos o estaban en mi contra o a favor mío.

Obviamente Joan y el abuelo Cides eran de mi bando.

Corín y yo solo nos llevamos tres años de diferencia, así que nuestra relación fue bastante buena al principio. Tiempo después, los infinitos

comentarios de Gisell acerca de que los abuelos y papá me querían más a mí tuvieron sus consecuencias, y rompieron el lazo que habíamos creado.

- Ya son casi las dos y media... — musité al ver el reloj.

Y yo aún sin ganas de dormirme de nuevo.

La habitación que me han asignado es bastante grande a comparación con la que tenía en la casa del abuelo Cides. Mi cama está en la esquina junto a la ventana principal y no ocupa mucho espacio. Las paredes, ahora grises por la falta de luz, son de color melocotón suave y las cortinas, que a las justas pude poner antes de echarme a dormir, de color marfil.

Por la mañana empezaré a pegar mis dibujos en el techo y las fotos con las que solía decorar mi antigua habitación. A lo mejor así la siento más "mía" y la sensación molesta de extrañeza se me pasa. Me pregunto qué estará haciendo el abuelo en este momento... Claro, durmiendo: qué tonta.

Me puse de pie, le rasqué las orejas a Petardo que lanzó un bostezo sumamente complacido y después corrí levemente una de las cortinas.

Es triste no ver el inmenso campo abierto que había detrás de la casa del abuelo. No es que el vecindario al que nos hemos mudado no me parezca bonito, pero ver solo casas, árboles en hilera, aceras y más allá edificios (el centro de la ciudad, supongo), como que me llena de nostalgia. Recuerdo que los días en los que me despertaba bruscamente por la madrugada hacía lo mismo que hice ahora: descorrer las cortinas y ponerme a observar el paisaje inmenso que se abría en la parte posterior de la casa. Las estrellas iluminaban fuertemente todo el terreno y hasta me permitían ver las colinas que estaban al fondo. Cuando era pequeña, el abuelo solía decirnos a Joan, a Corín y a mí que los duendes salían a bailar y cantar porque los humanos no podíamos molestarlos en las madrugadas. Probablemente por eso a veces me despertaba en medio de la noche, buscando ver a alguno, saludarlo y preguntarle por sus festividades nocturnas duendiles.

Sentí un horrible apretón en el pecho: de verdad quiero volverme a Asiri.

- Sí, claro, vámonos caminando ahora mismo — resoplé desanimada.

Abrí un poco las ventanas. La calle se encontraba completamente desolada, solo iluminada por la blanquecina luz de luna y el susurro del viento que mecía las copas de los árboles. Se me antojó salir a dar un paseo porque el ambiente era casi de película, pero tal vez también sería de película que apareciera algún ladrón y me hiciera pasar un mal rato.

Me recosté sobre el alféizar, entristecida. Algo de viento sopló con fuerza y me despeinó. Me quedé observando cada una de las casas de enfrente y los jardines meticulosamente cuidados de nuestros vecinos. Es un barrio residencial, sí: tal vez lo de salir a dar un paseo no sea tan mala idea después de todo. No creo que en medio de esta zona tan pulcra termine siendo asaltada.

Iba a tomar una de mis maletas para sacar un abrigo y salir sin correr riesgo de resfriarme, cuando de pronto un par de sonidos me alertaron.

Cerré las cortinas con brusquedad (evidentemente una pésima táctica si quería pasar desapercibida) y volví a abrirlas pero esta vez con cuidado: dejé un pequeño espacio entre los pliegues de la tela y a lo lejos distinguí una figura caminando en medio de la pista. Sus pasos rompían el sepulcral silencio al impactar contra el pavimento. Una de dos: o era alguien que también había querido salir a dar un paseo como quería hacer yo...o era un alma en pena.

Suena bobo, lo sé; pero la abuela Marlene era de las que siempre repetían esa clase de cosas así que en parte era su culpa.

Me quedé en completo silencio, reteniendo la respiración de manera estúpida porque era obvio que no iba a escucharme desde donde estaba, y cuando pasó frente a la casa comprobé que se trataba de un chico. Volteé a ver el reloj nuevamente: tres de la mañana. ¿Qué haría caminando de manera tan tranquila a estas horas? Y lo que era aún más raro: ¿es que acaso no sentía frío? Porque esa camiseta de manga corta definitivamente no era lo más abrigador, y el viento que se sentía en todo Lirau no era en lo absoluto una brisa primaveral.

Volví a enfocarme en la calle con curiosidad: dio un par de pasos más, subió a la vereda del jardín de enfrente y se detuvo. Elevó la cabeza y se quedó mirando un punto fijo en el cielo nocturno. Dirigí mi mirada hacia la misma dirección por si veía un platillo volador o alguna figura extraña pero no encontré nada llamativo. Solo estaba la luna, redonda y brillante. Nada más.

Me quedé observando al desconocido un par de minutos más. Por su complexión física parece de la edad de Joan: diecinueve, dieciocho tal vez.

Volví a preguntarme qué rayos estaría haciendo a estas hor...

- ¿Bellota?

- ¡AH! — lancé un pequeño grito y después me cubrí la boca. Giré espantada y me encontré a mi hermano mirándome con una sonrisita divertida—. ¡Pero qué te pasa, Joan?!

- ¿Qué me pasa? ¡Qué te pasa a ti! — repitió burlonamente después del

manotazo que le di—. ¿Qué andas mirando?

- Nada — le respondí fastidiada y el muy tonto corrió las cortinas sin la más mínima delicadeza. Imaginé al “desconocido/ ladrón/ chico en plena fuga/ alma en pena” percatándose de que alguien andaba espiándolo.
- ¿Mmm? ¿Planeando asaltar a algún vecino? — preguntó con curiosidad.
- ¡¿Es un ladrón?! — exclamé sorprendida.

Joan elevó una ceja:

- Lo digo por ti, so tonta. Como andas viendo las casas en plena madrugada...
- Claro que no. Estaba viendo al chico de allá afuera y me preguntaba qué haría caminando tan tarde por la calle.
- ¿Ah? — Me miró desencajado y después me lanzó un golpecito en la frente—. Bellota, no hay nadie allá afuera. ¿Qué?

Me acerqué nuevamente a la ventana y...

Tenía razón: la calle estaba completamente vacía.

- ¿Eh? Pero había un chico...— me defendí. ¿Ya se habría ido? Pero Joan habría escuchado sus pasos en caso de que hubiera corrido porque ésa era la única manera de desaparecer tan velozmente —. ¡Es en serio! — repliqué ante su mirada recelosa.
 - Más tarde vamos a tener que arreglar todo el tugurio de allá abajo y va a estar algo pesado el asunto — indicó y tiró de mi cabello con suavidad—. Ya duérmete, Bellota loca.
 - ¿Puedo saber cómo apareciste aquí? — le pregunté enfurruñada. Petardo estaba durmiendo en mi habitación y cuando me desperté no lo vi por ningún lado. Pensé que podría haber venido por ti para que corrieran juntos rumbo a Asiri.
- Ja-ja, qué gracioso.

Me metí a la cama y me acomodó las cobijas. Me despeinó efusivamente el cabello, ya para irse.

Volteé a ver la ventana con confusión.

- Ya quita esa cara. Tal vez era algún chico que se ha dado la fiesta del año y estaba volviendo a casa algo “indispuesto”. — Se me escapó una carcajada ante el gesto que hizo con las manos y que significaba «pasado de copas» —. O tal vez simplemente estabas soñando.
- Podría ser — señalé algo dubitativa—, si, bueno, ya sabes...

Joan elevó las cejas y después resopló, comprendiéndolo:

- Ah, claro, error mío. Sí, ya lo sé, ya lo sé. Duérmete, Bellota loca.
- ¡Duermo! — exclamé en tono militar; me sonrió y salió de mi habitación.

Mi hermano lo sabía bien. Sabía perfectamente lo que sus palabras significaban para mí: "soñar" era una palabra de lo más extraña, un concepto que no terminaba de cuajar. O bueno, para mí lo era.

Nunca he soñado en mis diecisiete años de vida.

Capítulo 2

CAPÍTULO II

¡Te estoy hablando, Joan! ¡Joan!

He ahí Gisell.

¡WARF!

Ok, he ahí Petardo.

Y yo te estoy escuchando así que deja de gritar tanto.

Y he ahí, obviamente, mi hermano.

¡Joan! ¡JOAN!

Pasos, pasos, más gritos, y aquí viene el típico...

¡BROM!

Sí, portazo, y ahora el suspiro lleno de furia:

- ¡Un día de estos va a terminar matándome! — oí, y distinguí la alarma de emergencia extrema.

Termina el desayuno pronto. ¡Termina el desayuno pronto!

Prácticamente me metí toda la tostada con mermelada a la boca y me ahogué con lo que quedaba de leche en el vaso. Corín me miró ceñuda, ya trayendo puesto el uniforme nuevo color verde oscuro de su nueva escuela; la mía no pedía uniforme.

Gracias a Dios no estábamos en la misma y no teníamos que irnos juntas.

Se puso de pie y salió casi al mismo tiempo que yo corrí al lavabo.

- ¡No sé qué problema tiene conmigo! — oí la voz de Gisell desde la sala.

Fregué con violencia mi plato y el vaso ya sin leche.

- No le hagas caso, mamá. Es un idiota desconsiderado — dijo ahora

Corín.

Huí al segundo piso a la mayor velocidad posible, entré al sanitario del final del pasillo y me cepillé los dientes con fuerza.

¡Rápido! ¡Rápido!

- ¡Todo es por ella! — Caramba, ya empezó.

Tomé mi mochila, el estuche con mi violín y salí corriendo de mi habitación. Bajé las escaleras de dos en dos y visualicé la puerta principal.

Ya casi, ¡ya casi...!

- ¡¿A dónde te vas con tanta prisa?!

- ¡Llegaré tarde a la escuela! — grité desesperada; tomé el picaporte y lo giré con rapidez. Crucé el umbral y la cerré justo después de oír el tono fastidiado de Gisell que claramente se quedó con ganas de lanzarme un par de gritos adicionales.

Aspiré una gran bocanada de aire después de cruzar el césped, algo fatigada:

Vaya, apenas es lunes y ya empezamos así.

Me colgué en un hombro la mochila y en el otro el estuche del violín. Mmm, a ver, acabo de salir a velocidad luz de casa rumbo a la escuela. El problema es que...

¿Dónde rayos queda?

Intenté ubicar entre las cosas que tenía en mi mochila el horario que Gisell me dio ayer: bien, aquí está la dirección así que no va a ser difícil llegar... Espero.

Dios, ¿por qué no puedo tener un primer día de clases normal? No sé, tal vez pensar en si le caeré bien a mis compañeros o algo así, y no estar huyendo de casa para evitar una retahíla de gritos.

Aunque si analizamos el asunto, creo que en esta ocasión Gisell tenía todo el derecho de estar como perro con rabia porque ayer, mientras acomodábamos las cosas, Joan no tuvo mejor idea que soltarle sin un anticipo que ya tenía una buena cantidad de dinero ahorrado para costearse la universidad. Y hasta ahí todo pintaba normal, sino fuera porque mencionó que la universidad a la que había postulado (y en la que

ya había sido admitido) quedaba en Asiri.

Sí, la ciudad que acabábamos de dejar supuestamente “por él”. Por lo visto el hecho de estudiar en Lirau, tal y como todos pensábamos, estaba muy lejos de sus planes.

»— ¿Qué? — A Gisell el rostro se le desencajó. Corín traía el mismo gesto y la verdad es que si hubiera podido verme a mí misma, a lo mejor las tres hubiésemos coincidido.

»— La mejor escuela de Medicina está en Asiri, así que supongo que volveré a vivir con el abuelo — sentenció en tono relajado.

»— ¿Qué cosa? — repitió Gisell que aún no procesaba la información.

Me acerqué a él y le quité la caja que traía en brazos para que por lo menos intentara mostrarse atento a la conversación. Forcejamos un tanto (yo más sería porque él andaba riendo entre dientes) y finalmente Gisell se puso en frente, con las manos en la cintura y esperando que todo no se tratara más que de una broma de parte de su hijo mayor.

»— ¿Qué acabas de decir, jovencito?

»— Ya está todo hecho — agregó él con tranquilidad—. Ya me dieron los resultados: me aceptaron. Estoy adentro.

»— ¿Te aceptaron? ¡¿En serio?! — exclamé contentísima.

Iba lanzarme a abrazarlo pero la mirada homicida de Gisell me detuvo.

Sí, no era momento para elogiarlo.

»— Joan... — le advertió.

»— Lo siento: ya tenía planeado esto desde un principio. Es por eso que te pedí que no tomaras decisiones precipitadas — explicó muy suelto de huesos, y quise arrojarle la caja para que por lo menos quitara el gesto risueño de su rostro—. Las clases inician el próximo mes así que...

»— ¡Joan Maleri! ¡¿Puedes explicarme qué es todo esto?! — exclamó Gisell hecha una furia y no era para menos. Digo, la casa y toda la mudanza había sido más que nada para que él pudiera vivir con nosotras y solo se concentrara en estudiar para el examen de acceso a la Universidad Principal de Lirau. Examen que recién se llevaría a cabo en tres meses.

»— No tengo nada que explicar. Creo que fui lo suficientemente claro.

»— ¡Por supuesto que tienes mucho que explicar! Me estás diciendo que no te importará ni un poco el esfuerzo que ha hecho tu madre para darte un techo en Lirau, ¿y aun así te regresarás a vivir con Alcides?!

Ahí recién comprendí a qué se refería mi hermano cuando me dijo que el abuelo no estaría solo mucho tiempo.

Dejé la caja sobre uno de los sofás ya desempacados y corrí a la cocina a traer un vaso con agua. Gisell tiene una facilidad increíble para exasperarse, y sin agua va a terminar diciendo que colapsará por un ataque de nervios.

»— Déjalo, yo lo llevaré — me dijo Corín que me arrebató la botella de agua que acababa de sacar del refrigerador—. Eres tan hipócrita.

Me encogí de hombros, sin ganas de pelear con ella porque mañana era lunes y esos había que empezarlos de buena manera.

»— No me salgas con eso ahora, mamá, que tú más que nadie sabes que si compraste esta casa fue para restregarle al abuelo que no lo necesitabas más.

»— ¡Pero qué tonterías dices...!

»— Esta casa es lo suficientemente grande como para que vivan por lo menos tres personas más. El abuelo ya está viejo, y ni por eso pensaste en ofrecerle venirse con nosotros.

»— ¡Alcides está muy bien en donde está!

Me mordí los labios con fuerza porque Joan estaba diciendo todo lo que yo no me había atrevido a decir. Sé que el abuelo no quería dejar su casa en Asiri, pero tal vez si se lo pedíamos con amabilidad hubiera aceptado. De por sí la sonrisa altiva que traía Gisell cuando habló de los planes de mudanza, ya exponía directamente lo feliz que estaba por dejar la casa del abuelo, después de pasar años añorándolo.

Y la verdad era que yo había tenido que entrar en el "equipaje" porque ella era mi tutora legal. De no ser por ley, yo también me habría quedado en Asiri.

Cosa que realmente hubiera preferido.

»— ¡No me hables en ese tono! Todo esto es por ella, ¿verdad? — Corín apareció por el pasillo con un vaso en mano—. ¡Poniéndose a llorar como si Alcides fuera a morirse de tristeza! ¡No puedes echar tu futuro por la

borda por ella!

»— ¡No metas a Sisa en esto! — refutó Joan. Me hubiera encantado decirle que no era necesario exasperarse por algo que a mí ya no me afectaba, pero hubiera empeorado la situación —. Yo también quiero al abuelo. Y en primer lugar, el asunto es que quiero estudiar en Asiri porque como ya dije una de las mejores facultades de Pediatría funciona allá.

»— ¡Aquí hay universidades mejores así que ni me salgas con eso! ¡¿Por qué una estatal si puedes estudiar aquí en una particular?!

»— ¡Porque la que quiero está allá! — exclamó ofuscado. Me sorprendió oírlo de esa manera porque Joan rara vez perdía los estribos—. Escucha, mamá, ya tengo diecinueve años; soy mayor de edad así que...

»— No quiero que vuelvas a dirigirme la palabra. Eres igual a tu padre: ¡sin molestarse en pedir mi opinión jamás!

En fin, el asunto terminó así. Y creo que para hoy todo hubiera estado mejor, de no ser por Joan que no habló en todo el desayuno con nadie más que conmigo; y después, cuando Gisell le preguntó por su mutismo, él respondió que solo estaba cumpliendo su deseo de "no volver a hablarle jamás".

Gisell no es precisamente mi persona favorita en el mundo, pero tampoco puedo negar que mi hermano tiene casi un don innato para alterar a la gente cuando se lo propone.

- ¿Y tú, Bellota desorientada? — oí y me encontré con el causante de todo el alboroto. Petardo estaba a su lado con la correa puesta y la lengua afuera —. ¿Sabes dónde queda tu escuela?

- Salí corriendo de casa — le respondí agotada y con el horario en la mano. Me preguntó que por qué y lo miré con mala cara—: ¿Es en serio, Joan?

Se encogió de hombros, aún de buen humor:

- Lo siento, Sisa. Por mi culpa seguro casi te atragantas con el desayuno. Siento muchísimo que el ambiente en casa sea tan tenso.

- ¡Santo Dios! ¡¿Joan Maleri con sentimientos de culpa?! ¡¿Quién eres tú...?! ¡Ayy!

Me aplastó la cabeza, como diciendo "suficiente".

- Por cierto, ¡el abuelo Cides se pondrá muy contento cuando lo sepa! — añadió.

- Oh, ya lo sabe — ¡¿Eh?! —. Ayer, después de que mamá se pusiera a gritar como cabra loca, le hablé a la casa y se lo conté. Me respondió que

era un maldito desconsiderado que mataría de un disgusto a su madre. — Mira tú, yo también estoy pensando algo parecido... —. Pero después se lanzó a reír y dijo que arreglaría mi habitación; que era una pena porque ya había empezado a hacerle unos cambios para usarla como “almacén” pero bueno.

- No le creo. Ni siquiera cuando te fuiste el año pasado aceptó que remodeláramos tu habitación y guardáramos tus cosas.

- Bueno, sí, así es el viejo Cides. Dime, ¿tienes la dirección de la escuela? ¿O por lo menos el nombre?

- ¡Sí! Aquí lo tengo.

Le pasé mi horario y lo leyó con cuidado.

- Mmm, ah, ya; he pasado por ahí varias veces. Queda cerca a uno de mis antiguos puestos de trabajo.

- ¿La librería?

- Nop, cerca de la cafetería. — Ahh. Me quitó la mochila y la echó sobre su hombro—. Era un buen lugar. A la salida de clases muchas de las chicas venían a menudo: no está muy lejos. Al terminar todo el vecindario de Barbie — bromeó sobre nuestro nuevo vecindario —, estaremos en una zona más céntrica y no nos tomará más de veinte minutos llegar a pie. Después ya puedes irte en bicicleta si quieres, o en autobús. Ahora no creo que nos dejen subir con Petardo de compañía.

Caminamos de largo por toda la acera mientras me contaba todos los planes que tenía para cuando empezara la universidad: realmente estaba muy emocionado aunque intentara fingir que no le interesaba demasiado.

Como había salido prácticamente a la fuga, había ahorrado varios minutos. Apenas eran las siete y media, y en el horario decía claramente que la puerta principal de la escuela se cerraba a las ocho de la mañana.

- Recién me doy cuenta: ¿el violín? — Asentí y le expliqué que a la salida me quedaría por ahí para afinarlo y de paso practicar un poco—. Sabes que no soy un hermano sobreprotector, pero ¿no sería mejor hacerlo en casa? Digo, aún no conoces toda la ciudad y...

- Bueno sí, pero...

“Gisell”, “enfadada”, y “tocar el violín”, no eran palabras que se unieran para producir algo precisamente agradable. Siempre que estaba disgustada me reprochaba que yo no tuviera consideración por sus dolores de cabeza.

- Sisa, eres mi hermana y ahora vives en esa casa, por lo tanto también es “tu” casa. No le haces daño a nadie tocando el violín. No es lógico que no puedas hacer lo que más te gusta estando en casa. Deberías decírselo.

- ¡Sí, claro! Después también podría decirle que quiero el cuarto de Corín y que exijo su afecto como madre sustituta. Ah, y también que me pague

la universidad más cara del país porque me lo merezco.

Joan soltó una risa y negó con la cabeza, mitad divertido, mitad en serio. Él sabía bien cómo eran las cosas entre Gisell y yo: no había forma de hacer lo que me sugería sin iniciar un altercado en el que yo llevaba todas las de perder. Después de todo, Gisell podría ser mi tutora pero no tenía la obligación de darme un afecto que no sentía.

- Ah, Bellota. No es justo, nada justo.

- Cuando cumpla dieciocho volveré con el abuelo — sentencié con seguridad—. Y él no podrá decir nada porque ya seré mayor de edad, ¡y tampoco podrá echarme porque le daré pena!

- A quién no le daría pena tirar a la calle a una pobre bellota desvalida — bromeó y se ganó un empujón.

A medida que íbamos recorriendo la curvilínea hilera de casas, comprobaba cuánta razón Joan tenía: ¡el dichoso vecindario era tan perfecto como el de algún catálogo de inmobiliaria! En Asiri las casas eran igual de hermosas, pero aquí los jardines estaban meticulosamente cuidados y las cercas que delimitaban cada propiedad perfectamente pintadas: ¡todo tenía un aspecto tan pulcro que ya hasta asustaba!

Finalmente el sendero concluyó en una división: derecha e izquierda. Joan giró a la derecha mientras me comentaba lo grande que era la casa del final, al frente: un par de rejas negras la cercaban y la separaban de las demás. Jardín perfecto, dos árboles perfectos a modo de columnas, y una puerta principal de roble brillante en medio de las paredes perladas igual de perfectas. Al lado había una pequeña cochera ocupada por un auto negro y por la parte superior dos pisos con volado exterior.

Oí que abrieron la puerta y no pude evitar voltear de reojo. Una pequeña niña que traía la típica vestimenta que usan las bailarinas de ballet (enterizo, tutú rosa y zapatillas del mismo color) salió dando brinquitos. Segundos después una mujer le siguió los pasos y ahí mismo un chico con gorra pasó velozmente junto a ella, casi sin mirarla y a toda prisa; no pude verlo bien porque salió en dirección contraria. Solo vi parte de su espalda mientras se alejaba; parecía algo enfadado por la fuerza con la que cerró la reja principal.

El auto negro que había visto pasó junto a nosotros: la pequeña niña que había visto iba sentada en el asiento del copiloto mientras su madre maniobraba el volante con gesto decidido.

Vaya...

Es en serio, vuelvo a preguntarme cómo rayos Gisell ha conseguido una

casa tan grande y a un buen precio en un vecindario como este.

- Bueno, Bellota, llegamos!

Nos detuvimos frente a un edificio algo tradicional. Aquí, a diferencia del "catálogo de inmobiliaria", se escuchaban las bocinas de los autos y la cantidad de personas se había, por lo menos, triplicado. Distinguí varios grupos de chicos y chicas conversando frente a los escalones de la entrada de la escuela, esperando que sonara la campana.

Joan me devolvió la mochila y me desordenó el cabello como siempre hacía (le lancé un manotazo a propósito de eso). Me agaché a acariciarle las orejas a Petardo que intentó darme de lengüetazos y pasó algo muy extraño, porque después de la carcajada que soltó mi hermano juré que oí un par de chillidos ahogados provenientes de algún lugar cercano a la puerta de la escuela.

- Por cierto, ¿has cargado la batería del celular? — Iba a decir que "por supuesto", pero recordé que desde nuestra llegada a Lirau ni siquiera lo había encendido. Joan negó con la cabeza—: Sisa, ¿qué te cuesta cargar el maldito teléfono?

- ¡Ya lo sé! — repuse fastidiada.

- No, no lo sabes. En caso de alguna emergencia, traer el celular encendido y con la batería "llena" es crucial. — Rodé los ojos, ya sabiéndome de memoria todo ese sermón —. Y no me pongas esa cara que soy tu hermano mayor — exclamó y me jaló por ambas mejillas. Me deshice del agarre (ya ni sé para qué me peino porque el muy tonto volvió a desordenármelo todo), y después se despidió y cruzó la pista con Petardo que iba meneando la cola. Volvió a girar hacia la escuela y me gritó: "Cuídate, Bellota loca", y se fue.

- Bueno, he llegado algo de veinte minutos antes pero creo que será momento de entrar. Por lo que veo hoy el sol no va a salir, está demasiado nublado como para que se deje ver.

Me ajusté la mochila y el estuche del violín, y me dispuse a ingresar cuando...

¡Momento!

¡Ay!

Retrocedí casi por inercia ante las dos chicas que aparecieron como invocadas y me cerraron el camino: una dio un paso al frente y me observó fijamente. El cabello negro le caía a ambos lados del rostro a modo de cascada y solo un poco más arriba de la cintura. Tenía la piel de un dorado hermoso, y sus ojos oscuros resaltaban bajo las enormes pestañas que le darían cierto aire coqueto, de no ser por la mirada de

asesina en serie que traía.

No, Dios, ¿y ahora qué?, pensé de mala gana.

- ¿Lo conoces? — me lanzó seriamente. Tragué despacio, recordando las palabras de Joan sobre el balance adecuado que uno debe aplicar para iniciar de la mejor manera la escuela: ni muy fácil de amedrentar ni muy difícil de tratar.

Aunque no sé muy bien cuál es el camino adecuado si ni bien llego ya aparece una chica que me está mirando como si hubiese matado a un cachorrito y exigiera mi ejecución inmediata.

- ¿Di-disculpa? — repetí intentando sonar amistosa, pero las condenadas cuerdas vocales se me tensaron y solo salió algo parecido a una voz de pito.

- Joan — indicó: me pregunté por qué el tono tan severo—. ¿Lo conoces?

- ¿Eh? ¿Lo conoces? — repetí la pregunta como un loro. La desconocida elevó una ceja, evidentemente pensando que estaba burlándome de ella—. ¡Lo digo porque yo no conozco a sus amigos de Lirau! — añadí rápidamente.

- Ya déjalo, Loi — dijo la otra: traía el cabello rubio oscuro sumamente corto y un par de enormes gafas cubriendo sus ojos azules. Los jeans desteñidos y la camiseta ancha le daban un look muy a lo estrella de rock—. Con lo último acaba de confirmárnoslo.

- ¿En serio lo crees? — se cercioró la que por lo visto se llamaba Loi, y me perdí en el espacio cuando se abrazaron mientras fingían un llanto exagerado—. ¡Debí hablarle el año pasado en vez de solo ir a tragar todos esos kilos de carne y papas fritas!

- Pues sí, y ahora que lo mencionas, realmente me pregunto cómo rayos sigues con esa cintura. De ser tú, yo ya estaría hecha una bola.

-Ah, no te hagas, Etel. Sabes bien que con las sesiones de práctica de Inés, "la loca", lo raro sería que estuviera de otra forma. — Suspiró con cansancio y después se acomodó el cabello —. A veces pienso que es un androide, nunca se cansa... ¿Mmm? — Se me quedó viendo con curiosidad, como si nunca me hubiera encarado de manera tan sorpresiva, y me puso una mano sobre el hombro en gesto de resignación —: Bueno, ya no se puede hacer nada. Cuídalo mucho: es un gran chico.

¿Ah?

Estas...estas chicas...

¡Estas chicas piensan que salgo con Joan!

- Oye, no ha dicho nada gracioso —me reprochó la otra (Etel si no me

equivoco), cuando me entró la risa loca.

¿En qué clase de mundo paralelo podía ser eso posible?!

- ¡Óyeme! — volvió a exclamar la tal Etel.

- Déjala, así debe sentirse el sabor de la victoria — añadió Loi melodramáticamente—. --Está riendo porque sabe que ha ganado y...

- ¡Ay, ay! — Me encogí un poco, tratando de recuperar el aire después del condenado ataque de risa—. No, no...no es eso. — Ambas me miraron confundidas —: Él y yo no salimos. ¡Es mi hermano!

- ¿Tu hermano?! — gritaron ambas y después me arrepentí porque empezaron a zarandearme con fuerza mientras chillaban emocionadas.

El estuche del violín y mi mochila chocaban entre sí por el movimiento.

- ¿Estudiarás aquí? — me preguntó Etel entusiasmada.

- Ehh, s-sí.

- ¿Cómo te llamas? — ahora fue Loi.

- Sisa, Sisa Daquel — respondí mientras prácticamente me llevaban con ellas a la entrada de la escuela.

- Eso significa que él es Joan Daquel, ¿verdad?

- Eh...bueno, hay ciertas cosas... — Era complicado explicar todo así que...—. Es mi hermano pero tenemos apellidos diferentes. Él es Maleri, Joan Maleri.

- ¿Eh? ¿Y eso cómo? — Claramente Etel iba a insistir con el asunto, pero Loi le lanzó un codazo que intentó hacer discreto: falló ante el chillido de dolor que lanzó la primera cuando le impactó las costillas—. ¡Ay!

- No te preocupes, los líos entre padres, apellidos e hijos son bastante comunes en esta época — me dijo y miró con reproche a su amiga que le reclamó con un "¿Qué?"—. Mi nombre es Loi Amira y ella es Etel Franco. ¿El bachillerato lo llevas aquí? ¿Eres nueva?

Asentí, y repentinamente me vi ya dentro de la escuela, caminando por un largo pasillo repleto de estudiantes.

- La escuela no es nada del otro mundo, pero vas a sentirte bastante cómoda.

Ambas empezaron a lanzarme información sobre los clubes, eventos, profesores y también mencionaron que el primer día de clases la entrada solía ser hasta las nueve (genial, podía haber estado durmiendo una hora más); y al terminar me contaron brevemente que habían conocido a Joan el año pasado, cuando pasaron por la cafetería y lo vieron atendiendo una de las mesas.

- Bueno, la palabra "conocer" tal vez esté mal empleada — me explicó Etel—. Lo vimos, nos pareció guapísimo, así que decidimos...

i...ir a verlo a la cafetería siempre que pudiéramos! — concluyó Loi,

moviéndose frenéticamente como si hablara de un artista famoso al que había podido ver en persona.

No me asombró demasiado porque de sobra sabía lo popular que Joan era con las chicas (él mismo se encargaba de repetirlo n veces). En Asiri era igual: incluso algunos de mis compañeros de escuela tuvieron la desfachatez de pedirle que compartiera sus acertados conocimientos sobre flirteo.

- Hablábamos con él de la escuela mientras nos tomaba los pedidos: ¡y a veces hasta nos ayudaba con las tareas de Matemáticas y Biología! Pero nunca intentamos acercarnos más — añadió Etel desganada—. Y la verdad no sé por qué no lo hicimos. Parece bastante accesible a diferencia de...

Nunca supe a diferencia de "quién" porque alguien gritó por atrás "¡Oye, Franco!" y la interrumpió. Nos detuvimos y un hombre de camisa gris se acercó, negando con la cabeza:

- ¿Y ese corte de cabello?

- ¿No le gusta? — le preguntó Etel alegre.

- Bueno, por lo menos este año no está de color verde — admitió con las cejas en alto—. - Ya sabes, las inscripciones para el club se abren mañana. Puedes traer a tu nueva amiga si quieres. Te diría que traigas a Amira pero ya sé que está comprometida con la profesora Inés.

- Ok, no se preocupe. ¡Haré todo lo posible para capturar muchos peces gordos! — le respondió Etel con convicción. El hombre asintió, nos pidió que nos apresuráramos y después se perdió por el otro pasillo mientras amonestaba a dos chicos por ingresar con un mini equipo de música sonando a todo volumen.

- Es el profesor Ademar — me explicó Loi—. Es el encargado del club de Dibujo y pintura.

- Y cada año casi ruega para que le caigan más alumnos — añadió Etel con algo de congoja—. Es muy buen maestro. Estudia Medicina en la universidad y este es su trabajo a medio tiempo. — ¡Medicina! ¡Igual que lo que estudiaría Joan!—. Si tiene menos alumnos en cualquier momento van a cerrarle el club. Al principio me inscribí con él porque parecía el menos severo, pero después de dos años como que realmente me he enganchado con todo este asunto de la pintura.

- Ya veo...

- ¿No te gustaría inscribirte? — me preguntó emocionada.

La verdad era que había venido con la esperanza de encontrar un club de música al que poder unirme y practicar con el violín (y de paso encontrar una excusa para mantenerme fuera de casa), pero ambas me dijeron que solo existía un club de coro como lo más cercano así que finalmente acepté ir a inscribirme mañana.

Etel me agradeció profundamente que lo hiciera, y Loi me explicó que a ella también le gustaría unirse, pero que su estadía en el club de danza estaba casi "soldada" así que ni para poder escoger otro.

Loi practica ballet con la misma profesora que aquí enseña Danza contemporánea, así que...

Recordé fugazmente a la pequeña del tutú rosa que vi salir de la inmensa casa de mi vecindario.

- Dilo con todas las palabras, Etel: la loca de Inés me monopoliza, así de simple. — Le pregunté que por qué y se encogió de hombros —: La verdad es que soy bastante buena — puntualizó satisfecha, y nos indicó que subiéramos por las escaleras del costado ya que por lo visto también estábamos en la misma sección.

Loi tenía...bueno, no sé cómo explicarlo. Etel y ella se veían muy amigables, pero Loi... Loi me transmitía una sensación de familiaridad muy peculiar. Como cuando vez a una persona después de un largo tiempo pero aún recuerdas a la perfección.

- Así que Asiri — me dijo con interés. Ya estaba dentro del salón que me correspondía y sentada junto a Etel; Loi estaba en el asiento de adelante —. Suelo ir con frecuencia allá a visitar a mis tíos favoritos. Es una ciudad muy bonita. Tiene una parte en las afueras que aún conserva mucho de campo.

Ésa era la parte en la que se ubicaba la casa del abuelo.

- Nunca he ido — agregó Etel decepcionada. Le conté sobre los campos de trigo que terminaban en bosques inmensos, sobre el aroma a viento frío y los riachuelos tranquilos, y quedó maravillada.

Me dio algo de tristeza porque recordé que solía correr hacia allá cuando terminaban las clases. Era un buen lugar para practicar.

- Te gustan mucho los lugares tranquilos, ¿verdad, Sisa? Dime, ¿ya has pasado por el bosque Izhi? Está antes de llegar a la playa; muy cerca de la escuela. — Negué con la cabeza: la verdad lo único que conocía de Lirau era el vecindario al que nos habíamos mudado.

Que me hablaran de un bosque cerca al mar me produjo una curiosidad insana. Pregunté cómo podía llegar, pero Etel sugirió que de preferencia fuera con ellas porque cabía la posibilidad de que me perdiera o sufriera un accidente, ya que habían ciertas zonas engañosas llenas de arbustos que terminaban en precipicios directos al océano.

Bueno, si se trata de eso mejor espero.

- Tranquila, te prometo que iremos — me dijo Loi amablemente —. Pero esperemos a un día no tan nublado. Si llueve los caminos se llenan de lodo, se ponen resbalosos y...

- ¿A Izhi? — oí detrás de mí —. ¿Es que acaso ya encontraron a un miembro más para el club del "famoso-anónimo-solitario-que-viendo-el-mar-se-ve-muy-profundo-y-genial"?

Elevé la mirada y me encontré a un chico de gorra roja. Aventó su mochila sobre la carpeta junto a la de Loi, se desparramó sobre el asiento y después giró:

- Por Dios, Loi, Etel: ¡creí que este año serían más maduras y dejarían de andar acosando a chicos antisocia...! — Se quedó en silencio y me inspeccionó de pies a cabeza; solo para sonreír enormemente, completamente animado —: ¡Año nuevo...!

- Ay, no, cállate Tomas — bufó Etel.

- ¡...chicas nuevas! ¡Wuuhuuuu! ¡Y encima linda! ¡No pido más!

Me sobresalté bruscamente: el grito había sido tan fuerte que todos voltearon a vernos.

- ¿Quieres callarte, idiota? ¡La estás incomodando! — lo sermoneó Loi y le bajó la gorra hasta cubrirle los ojos: se lo agradecí porque no sabía cómo responder algo semejante —. No le hagas caso, Sisa. Es de éstos que siempre buscan salir con las chicas nuevas.

¿Por qué le dices esas cosas?! — reclamó él —. Hola, soy Tomas Gerdau, y todo lo que te hayan dicho estas malas amigas sobre mí ies completamente falso!

Ni siquiera te habíamos mencionado — añadió Etel en plan de burla.

Soy Sisa...Daquel — me presenté algo indecisa. Estreché su mano y pude apreciar una gran variedad de brazaletes adornando su muñeca. Le sonreí, y entonces se inclinó como si le doliera el pecho, solo para exclamar que mi sonrisa acababa de dispararle al corazón.

De acuerdo, no sé cómo responder un comentario así.

- ¡La asustas, animal!— le reprochó Loi y lo golpeó con el cuaderno que acaba de sacar de su alforja. Tomas se tomó la cabeza, adolorido, y protestó alegando que no tenían ni la más mínima delicadeza para tratarlo.

- Ehh, de... ¿a qué se refería con el club del "anónimo solitario"? — me apresuré a cambiar de tema cuando volvió a mirarme fijamente—. ¿Acaso mi hermano...?

- Oh, no, Sisa, no te preocupes. No se refería a él — me respondió Loi.

Tomas exclamó: "¿su hermano?!" y ahora Etel le bajó la gorra, ignorándolo olímpicamente —. Lo que pasa es que hay un chico, no, no es

Joan, y él...

Ejem, ejem, clase, ¡buenos días!

Todo el jolgorio en el aula se apagó, porque un hombre bajito y de mediana edad ingresó y se instaló al frente: era el director. Empezó con toda la charla esa de "apertura del año escolar", "último año antes de iniciar la universidad", y pidió que prestáramos atención.

- Más tarde te cuento — me susurró Loi girando. Saqué el block de notas que había traído y después Tomas volteó, me dejó un papelito en la carpeta y volvió a su postura correcta.

Etel me sonrió y después se enfocó en la pizarra.

Desplegué la notita doblada en cuatro y...

Mucho gusto, Sisa.

No sé si tus ojos son verdes, grises o pardos,

el punto es que son hermosos.

"Enrojecimiento de rostro" en tres, dos, uno.

Vaya, así que así se siente una cuando se ruboriza en demasía.

»□~□~□~□«

Bueno, chicos, nos vemos mañana. No olviden que dentro de unas semanas empezaremos con las pruebas de Orientación vocacional así que vayan pensando qué cosa les gustaría hacer después de terminar el bachillerato.

Las clases concluyeron exactamente a las tres y cinco, y yo ya traía la batería del celular completamente llena gracias a Loi que me prestó su cargador. La tutora del aula hizo que los nuevos nos presentáramos antes de iniciar la jornada y para mi buena suerte no fui la única. Había un chico y una chica más en calidad de recién llegados así que el típico asunto de ser el punto de atención por la condición de "novedad" no se aplicó en este caso. Me despedí y salí del plantel muy contenta porque Etel, Tomas y Loi parecían muy amables y ya tenía con quien hablar los próximos días.

Estaba por cruzar rumbo al paradero de autobús que Joan me había indicado para volver a casa, cuando sentí que el estuche del violín me golpeó en la parte posterior.

Bueno, tal vez podría darme un pequeño paseo por la ciudad en lo que de paso busco algún lugar tranquilo para practicar un poco.

En medio de mi caminata di con la escuela de Corín. La distinguí en medio de un grupo de chicas y chicos: por lo visto ella también había hecho amigos con facilidad. Se dio cuenta de mi presencia, y después me hizo un gesto con la cabeza.

Bien, ya comprendí: debo seguir caminando como si no la hubiera visto. No es extraño que no me quiera cerca de sus amigos, en Asiri era igual.

Seguí con mi recorrido: ¡Lirau era enorme! Había una gran cantidad de edificios inmensos y centros comerciales por doquier. También demasiado ruido provocado por las bocinas de los autos y la gran cantidad de gente que circulaba por las calles. Me di una larga caminata en lo que iba conociendo todo, y después de pasear sin rumbo aparente di con una calle larga que culminaba en un malecón. Me acerqué entusiasmada porque era más que obvio qué cosa producía ese panorama de inmensidad.

El mar.

¡Vaya!

Me apoyé sobre el muro de cemento y observé hacia abajo: la playa se veía al completo desde aquí. Estábamos por empezar el otoño, y a lo mejor para muchos el mar se aprecia mejor en verano, pero para mí los tonos grises que lo acompañaban me hacían verlo hermoso. Por el lado derecho, a lo lejos, distinguí una gran cantidad de árboles que formaban juntos una frondosa mancha verduzca antes de llegar al océano. Por lo que me dijeron las chicas, ha de ser el bosque Izhi.

Tirité un poco cuando la brisa me golpeó el rostro (estaba haciendo más frío que en la mañana). Esto de venir a diario a pararme aquí, a contemplar todo esto, como que me está emocionando un poco.

Saqué el celular y marqué el número de la casa del abuelo. Me contestó muy animado y aproveché para narrarle con lujo de detalles mi primer día en la escuela. Me felicitó por haber hecho amigos tan rápidamente, charlamos un poco sobre la repentina noticia de Joan y su retorno a Asiri, y después me despedí porque ya debía volver a casa.

Prometió llamarme mañana, y al final quedamos en que lo haríamos de manera intercalada.

-Adiós, abuelo. Cuídate muchísimo.

-Sí, Cachorra, igual tú.

Volví a casa a eso de las seis porque no había avisado que demoraría. No tuve tiempo para buscar algún lugar tranquilo así que al final no practiqué nada con el violín.

Al terminar la cena, tomé la correa de Petardo, como era costumbre, y se la puse para salir a dejar la basura en los cubos de afuera y aprovechar para el paseo nocturno que siempre nos dábamos con el abuelo Cides en Asiri.

Hay algo muy peculiar en el cielo de Lirau: no se distingue ni una condenada estrella; y como estamos con luna llena lo único que ilumina todo alrededor, a parte de los faroles que hay cada dos casas, es su luz blanquecina. Se ve enorme: parece un gran queso suspendido en el cielo.

Me acomodé la bufanda porque estaba corriendo muchísimo viento. Exhalé y contemplé el humo blanco en el que se convirtió mi aliento por el frío de alrededor. Petardo me contempló tan ensimismado que no pude evitar tomarlo por la cabeza y zarandearlo un poco. Intentó luchar dando brincos y finalmente, con su enorme cuerpo de perro policía, me derribó para darme de lengüetazos.

- ¡Ya, ya! ¡Petardo! ¡Basta! — reclamé empujándolo por la panza; me miró con la lengua afuera casi como burlándose de mí.

Así todo gordo y grande es precioso.

Un par de cuadras más y retornamos, ¿de acuerdo?

Le quité la correa a Petardo y le lancé la pelotita de hule que tenía en el otro bolsillo. Corrió velozmente, la atrapó y después vino trotando con ella en el hocico. Le tendí la mano para recibirla, pero tuvimos una lucha de aproximadamente diez minutos en los que intentaba que me la devolviera. A veces creo que lo hace solo para molestarme, porque con Joan y al abuelo nunca batalla tanto como conmigo.

Ya más tarde me incliné para ponerle la correa de nuevo; entonces escuché el sonido de una puerta abriéndose. Giré con curiosidad y recién me percaté de que estaba a un par de metros de la casa con rejas negras que vi por la mañana. Las luces del pórtico estaban encendidas; una figura salió.

Algunas voces provenientes de adentro se dejaron oír pero no logré captar lo que decían. La silueta que había visto cerró la puerta de golpe, sin importarle que las voces aún sonaran, y cruzó velozmente el pequeño sendero hasta la entrada principal de la casa.

Me reincorporé lentamente cuando lo vi abrir las rejas. Se trataba de un chico de complexión delgada, vestido completamente de negro, incluida la

gorra ajustada que traía puesta, y que se quitó de manera brusca: al parecer era el mismo que había visto por la mañana.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo al ver sus brazos desnudos: ¡cómo podía estar en camiseta en medio de este intenso frío!

Volteó hacia diferentes direcciones, como si alguien lo hubiese llamado, y después se enfocó en mí, que andaba mirándolo sin mucho recato que digamos. Petardo lanzó un ladrido y se puso a saltar como loco, queriendo ir en su dirección. Tuve que echarme hacia atrás, tirando de la correa para evitar que me llevara a rastras consigo.

- ¿Y ahora qué...? — pensé con algo de nerviosismo cuando el desconocido empezó a acercarse. Fingí buscar algo en el bolsillo de mi suéter para no tener que verlo, pero para mi mala suerte elevé la mirada cuando apenas iba pasando junto a mí. Era muchísimo más alto que yo, traía el cabello marrón algo desordenado por haberse quitado la gorra de manera intempestiva, y sus ojos tenían muchísima fuerza al enfocarse en un punto en particular.

Bien, sé qué expresión he de haber puesto en ese preciso momento: la de la típica chica deslumbrada que, por lo visto, nunca ha visto a un chico guapo.

Si no pareciera estar a punto de matar a alguien, hasta diría que tiene rostro angelical.

Me lanzó una mirada que me avergonzó muchísimo (casi pude oír el “¿qué miras?”), pero no me dio tiempo para más porque volteó hacia el frente y se pasó de largo. Petardo por otro lado continuaba sacudiéndose tan frenéticamente que provocó que...

¡Ay!

...cayera sentada contra el pavimento.

Gracias a Dios el chico no volteó o no hubiese podido soportar la humillación.

Oí que la puerta de aquella casa volvió a abrirse: la mujer que también había visto por la mañana apareció y se quedó observando la ruta que él había tomado.

Me quedé sin saber qué hacer porque el momento resultaba un tanto incómodo: era como si hubiese sido testigo de alguna especie de riña familiar. Un hombre apareció junto a la mujer y después de tomarla

delicadamente por los hombros la obligó a ingresar a casa.

Reaccioné ante el ladrido de Petardo y regresamos. Gisell me regañó por demorarme demasiado; no me había dado cuenta de que ya eran las once de la noche.

Oí a Corín charlando por su celular cuando pasé por el pasillo; Joan había salido con sus amigos. Ingresé a mi habitación y comprobé, extrañamente, que la escena que había presenciado allá afuera me había dejado un tanto intrigada.

¿A dónde habría ido aquel chico?

Si esto fuera una película o una serie de moda, él tenía toda la pinta del personaje rebelde que tiene una novia de portada de revista y es el líder de una banda. Y a lo mejor en este capítulo, que es la introducción a su vida "cotidianamente extraordinaria", probablemente había salido a encontrarse con la susodicha o a enfrentarse con el líder de la banda opuesta que también estaba interesado en ella.

Pensé en eso, y automáticamente comprendí que tenía un don innato para malos guiones de telenovelas.

Me aseé y me cambié ya para dormir. Ya recostada en la cama, me quedé un buen rato observando las fotos que ya había ido pegando en el techo.

Vaya, ahora que lo pienso... Tal vez era el mismo chico que vi caminando de madrugada. ¿Es que acaso no duerme?

Y los señores que vi en el pórtico ¿serían sus padres?

Me incorporé y saqué el violín para practicar un poco... pero repentinamente sentí un bajón emocional inexplicable.

He visto en miles de películas y series el asunto ese de "padres vs hijos adolescentes"; incluso he sido testigo de varios ejemplos entre Joan y Gisell. Es muy normal que hayan peleas en esa época por todo eso de choque de generaciones y posturas modernas que suelen repetir los de apoyo psicológico en la escuela; pero...es la primera vez que siento que realmente hay casos en los que parece que las cosas van realmente mal. Gisell y yo no tenemos una relación precisamente afectuosa, pero nunca hemos llegado a un punto en el que la convivencia parezca insoportable.

Sé que está mal lanzar conclusiones a la ligera. Yo no conozco de nada a ese chico, pero recordarlo alejándose sin decir nada como que me ha dejado un tanto... ¿cuál es la palabra? ¿Aturdida?

Tomé el arco y lo pasé por una de las cuerda...

- ¡Mamá, debo dormir! — chilló Corín desde su habitación.

Puse los ojos en blanco:

- Ya, sí, es tarde. Lo guardaré — anuncié, elevando la voz para que se escuchara hasta allá.

Me eché sobre la cama y me entretuve un par de minutos imaginando posibles respuestas para el comportamiento de aquel chico. Desde que sus padres no aprobaran a su novia y eso lo ponía así de furioso; hasta que era adoptado y no se sintiera del todo adaptado. Casi...

Casi como yo.

No sé en qué momento de mi "profunda" reflexión caí dormida, y a las tres de la mañana mis ojos se abrieron de golpe. Me encontré con las fotografías de mi techo, tal y como había sucedido ayer.

Me puse de pie y nuevamente descorrí un poco las cortinas de mi ventana. Creo que esta vez no fue para ver si me encontraba con algún duende en plena celebración; sino que inconscientemente quería comprobar si "alguien" andaba dando paseos nocturnos bajo la luna.

Pero nadie pasó.

La calle permaneció en completa soledad.

Capítulo 3

CAPÍTULO III

- Bueno, como saben en el Arte no hay categorías como "excelente", "regular" o "malo" — nos explicó el profesor Ademar mientras caminaba entre nuestros taburetes. Etel y yo estábamos por el final, junto a la ventana —. Cada dibujo tiene algo particular de su creador y no hay manera de calificar esos trabajos. La técnica es una cosa, pero la manera de emplearla es otra. — Sacó un fólter repleto de los dibujos a carboncillo que habíamos hecho en la clase del viernes pasado, cuando nos pidió que dibujáramos lo que quisiéramos—. Todos tienen talento, chicos. Tal vez el de algunos esté más pulido que el de otros pero eso se arregla con práctica.

- ¡Ya dígallo de frente, profesor: algunos simplemente apestanos en dibujo! No sería la primera vez que fracasara en la vida — exclamó el chico delante de nosotras, y todos rompimos a reír.

El profesor Ademar nos llamó a cada uno por el apellido para ir a recoger nuestros dibujos. En su turno, el chico de antes recogió su cartulina, y pude distinguir algo parecido a una mancha negra titulada "Mi gato".

Bueno, no puedo decir nada porque mis garabatos van por el mismo rumbo.

- Franco. — Etel se puso de pie y se acercó sonriente. El profesor Ademar le entregó su dibujo, claramente muy satisfecho.

La clase pasada también me había sentado junto a ella así que ya sabía qué había dibujado. La vi iniciar con palitos y círculos por doquier que no me parecían tener una forma definida; pero cuando volteé de reojo, cuarenta minutos después, me encontré con una réplica exacta del árbol del patio de atrás.

Etel tenía muy buena mano para estas cosas.

- Daquel — oí. Me puse de pie y fui a recoger mi intento de dibujo —. Está muy bien, solo hay que practicar en el sombreado si quieres enfocarte en siluetas humanas. —Asentí, pero antes de volver a mi sitio vi una cartulina con el dibujo de un precioso violín en medio. Estaba tan perfectamente hecho que parecía una foto en blanco y negro—. Lagares.

Una chica se acercó desde la última banqueta ubicada al otro extremo de donde estábamos Etel y yo. Tenía el cabello negro a la altura del mentón, vestía unos jeans desteñidos y una camisa a cuadros demasiado ancha

para lo delgado que era su cuerpo.

- Muy buen trabajo, Lagares. — La aludida asintió sin siquiera sonreír —. Franco y tú tienen mucho talento para el dibujo.

El chico de la mancha negra exclamó que lo del “talento en todos” había sido una tremenda mentira, y el profesor Ademar trató de corregirse mientras reía nerviosamente.

Aprovechando que varios empezaron a reclamar entre risas, volteé y me dirigí a la chica del dibujo:

- Está muy bonito. ¿Te gustan los violines?

Quitó la vista del dibujo y miró hacia el frente:

- Para nada, los odio — me respondió escuetamente y volvió a su sitio, indiferente.

- ¿Eh? ¿Pero qué...?

- ¿Mmm? ¿Sisa? — me llamó Etel cuando volví a mi banqueta, confundida.

Traté de pensar qué de malo pude haber dicho para recibir semejante respuesta, pero no encontré nada.

Volteé a ver a la chica anterior: hojeaba con desinterés una revista de cómics.

- ¿Lagares? ¿Zara Lagares? — me preguntó Loi al día siguiente después de clase, mientras permanecíamos sentados en el césped con Etel y Tomas.

Me encogí de hombros porque no sabía si era la única Lagares en el club de pintura.

- Traía una revista de...

- ¿Cómics? — me preguntó Tomas; asentí y me confirmó que sí se trataba de ella.

Lo noté algo incómodo.

- ¿Eh? ¿Qué pasa?

- No le hagas caso, Sisa — me dijo Etel estirándose —. Todo el mundo sabe que a Zara le falta un tornillo.

- Por no decir todos — agregó Loi con una mueca—. Es muy callada. No habla con casi nadie y la mayoría de veces es por culpa suya: suele ser

muy poco amable cuando intentas acercarte a ella. Aún no entiendo cómo demonios llegaron a salir, Tomas.

Él torció el gesto y se encogió de hombros:

- En el fondo es muy buena persona. Somos vecinos así que la conozco desde que somos niños — me comentó —. Simplemente digamos que tiene una manera diferente de ver la vida.

- ¿Dices que le preguntaste si le gustaban los violines? — me preguntó Etel—. Bueno, tal vez eso explique su respuesta de “los odio”—. No comprendí—. Ay, Sisa, probablemente lo haya dicho en alusión a ti, ya que ahora eres el nuevo blanco de Tomas.

Me quedé sin saber qué decir: eso de “nuevo blanco” me predispone un poco.

- No, no creo que sea eso — respondió Tomas pensativamente—. Zara siempre ha odiado los violines; no es reciente. No le gusta su sonido pero le fascina su forma.

Loi puso cara de espanto mientras repetía que Zara estaba loca, y Etel rompió a reír con fuerza.

- Además, nadie aquí aparte de ustedes sabe que toco el violín — reflexioné.

- Yo que tú me ando con cuidado, Sisa — me dijo Loi y observó a todos lados como si alguien nos espiera—. Que tu hobby predilecto sea tocar el violín, y precisamente seas el nuevo objeto de adoración de un chico que tiene por ex a una chica que odia los violines, pues definitivamente es para andarse con cuidado.

- ¿Adoración? — dije en medio del ataque de risa que me atacó.

Giré y me topé con la mirada tranquila de Tomas que me sonrió:

- Es cierto — dijo con tanta firmeza que automáticamente la risa se me paró. Etel y Loi soltaron un gritito y después empezaron a sacudirme con fuerza.

Nunca he sido buena con ese tipo de comentarios así que cambié de tema al instante. Mencioné lo bonito que había quedado el trabajo de Etel, y funcionó muy bien porque tanto Loi como Tomas preguntaron qué nueva cosa maravillosa había salido de sus manos.

- ¡Oh, creo que lo tengo aquí! — exclamó.

- ¿Y tú, Sisa? ¿Qué hiciste? — me preguntó Loi interesada.

Yo también tenía la carpeta de dibujo en la mochila, así que desdoblé la cartulina y se la pasé después de que vieran el de Etel y tanto ella como

Tomas alabaran su excelente talento.

- Mmm, siluetas — me dijo Loi observándolo con detenimiento. Saqué la botella de agua que tenía en mi mochila y bebí un poco—. Te faltó tiempo, ¿no?

La miré con curiosidad; Tomas también se acercó para verlo y soltó un silbido:

- A uno le falta rostro — señaló.

- ¿Eh?

- Me incliné y...

- ¡Ey, es cierto! A uno le falta rostro.

- Pero si fuiste de las primeras que acabó, no te pudo faltar tiempo — apuntó Etel. Bueno sí; el profesor Ademar nos dio dos horas y yo terminé media hora antes. Lo recuerdo porque intenté terminar pronto para irme a practicar con el violín y no llegar tan tarde a casa.

- ¿Qué son? ¿Gemelos? — me preguntó Loi con curiosidad.

- Si te soy sincera...la verdad es que no me puse a pensar en lo que dibujaba.

Ya ni siquiera recordaba por qué había dibujado a dos personas del mismo tamaño, una al lado de la otra; y por la forma del cuerpo supongo que son hombres.

- Vaya, vaya, esto me recuerda tanto a esa vez que... — inició Tomas suspicazmente.

- ¿Experiencia sobrenatural?— le preguntó Etel con avidez. Tomas le respondió que algo así y ella soltó un "¡Estupendo!".

- Cuando tenía cinco años desperté en medio de la noche...— inició con voz lúgubre. Nos dijo que su hermano mayor había obtenido la tan ansiada habitación individual y por ello él también había empezado a dormir solo—. Una noche me levanté, y les juro que claramente vi a dos sujetos parados en la puerta de mi habitación. — Loi lo miró desencajada—. No sé por qué lo he recordado al ver el dibujo de Sisa.

Etel chilló "¡fantasmas!", sumamente emocionada.

- Pero eso suele suceder cuando eres pequeño, ¿verdad?— nos preguntó como esperando un "¡claro que sí!". ¡Uno a esa edad ve cosas que otros no y por eso...!— Loi y yo negamos con la cabeza, divertidas por su búsqueda de apoyo.

Etel, por otro lado, rodaba por el césped entusiasmada:

- ¡Amo cuando empiezan estas charlas! — exclamó—. ¡A ver, ya! ¡Todos tienen que contar algo semejante a lo de Tomas!

- A mí no me ha pasado nada raro así que paso — sentenció Loi desinteresada y le cedió el turno a Etel. Me dio mucha risa verla tan concentrada.

- A ver...mmm, algún dato raro... ¡Ya! — Me sobresalté ante la fuerte palmada que dio —. Creo que en la casa de Loi penan.

- ¡¿Que en mi casa qué?! — gritó ella perpleja.

- Siempre que entro al salón principal y me dejas sola, oigo que alguien arrastra algo de metal en el piso de arriba y da pasos fuertes — concluyó demasiado encantada para lo tétrico que sonaba el relato.

Iba a decir que probablemente era alguien caminando en el segundo piso pero...

- ¿La habitación que está encima no es la que era de su tatarabuela? — consultó Tomas pensativo; Etel asintió y Loi puso gesto de horror—. Vaya, vaaaya...

- No me jodan, ¡y ahora cómo se supone que dormiré hoy! Te odio, Etel. Mi habitación está junto a la de mi tatarabuela.

- Bueno, es lo más raro que se me ocurrió — se excusó sonriendo. Loi enrolló su suéter a modo de látigo y le lanzó un azote en el brazo, tan fuerte que sonó—. ¡Auch! Tu turno, Sisa

- A ver...

¿Algo raro? Mmm...

Iba a mencionar al chico que vi caminando por mi calle la primera noche que pasé en Lirau, pero después recordé que en realidad eso no tenía nada fuera de lo común porque de fantasma no tenía nada. Lo había visto repetir esa acción como que cuatro veces en las dos semanas y media que ya llevaba aquí. Siempre salía de casa sin voltear, a pesar de que los que parecían ser sus padres se quedaban mirándolo con angustia; y la única persona con la que mantenía un trato más agradable era la pequeña niñita que también vivía ahí y que probablemente era su hermani...

¿Eh?

¡Momento! ¡Lo raro es que ando muy pendiente de él!

- ¿Sisa?

Sacudí la cabeza con fuerza, asombrada por lo último, y como Loi y Etel me miraban expectantes lancé lo primero que se me ocurrió:

- No puedo soñar.

¿Por qué demonios ando siguiendo los pasos de ese chico? Digo, ini siquiera he hablado con él! Solo...solo sé que tiene el cabello marrón y es más alto que yo. Claro, y que de no ser por esa mirada de asesino en serie con la que lo vi la última vez, pues hasta diría que tiene rostro de niño...

- ¿Qué pasó? — pregunté desconcertada cuando comprobé que los tres se habían quedado mudos.

- ¿No puedes soñar? — me preguntó Loi. Asentí —. Cuando dices "soñar" hablas de "anhelar" cumplir algo o...

- No, no. Hablo de soñar al dormir — le expliqué divertida.

- ¿No será que sí sueñas solo que no recuerdas lo que soñaste? — me dijo Etel que me miraba igual de confundida que Tomas. Solté una pequeña risa porque era lo que siempre me decían y negué con la cabeza—. Vaya...

- No puede ser — me dijo Loi con amabilidad—. Todos los seres humanos sueñan, Sisa. Lo que pasa es que la mayoría no recuerda qué ha soñado. A ver, trata de hacer un esfuerzo y dime, ¿recuerdas cuándo fue la última vez que tuviste un sueño?

- La verdad es que no — le respondí con sinceridad—. Por eso es que mi abuela llegó a la conclusión de que nunca he soñado.

- Vaya, eso sí que es raro — comentó Tomas y frunció los labios —. ¿Y cuando te duermes...?

- Simplemente cierro los ojos y al despertarme los abro. —Sonaba a comentario sarcástico pero realmente era así.

La tía Ruth me había dicho, entre risas, algo al respecto el año pasado.

- ¿Sabes, Sisa? — me llamó Etel cautelosamente —. No creo que sea tu caso, ¿ok? Pero una vez leí en Internet que los que no sueñan es porque tienen tan poca paz interior que no pueden ingresar al mundo de los sueños.

Oh, hablando de lo que me había dicho la tía Ruth...

Ella me había dicho exactamente lo mismo, pero agregó que era imposible que un niño no tuviera paz interior ya que yo no había dejado de soñar en cierta etapa de mi vida, sino que "nunca" lo había hecho.

- Sí, ya he escuchado eso; por eso mi abuela me regaló esto.

Supuestamente es para alejar a las malas vibras, protegerme y todo eso. — Y saqué la cadenita de plata que llevaba en el cuello.

Era delgada y traía una pequeña pluma de plata a modo de dije; me la regaló un par de meses después de mi llegada a la casa. Nunca me la quitaba porque me hizo jurar de pequeña que no lo haría; y aunque

admito que al principio lo usaba más por miedo que por otra cosa (decía que me protegería de "criaturas de la noche"), ahora si no me lo quito es porque fue un regalo muy especial de parte de ella.

- ¿Tú crees que alguien con esa carita de niña buena no tenga paz interior? — dijo Tomas con ironía. Elevé una ceja, un tanto ofendida por lo de "niña buena", y Loi soltó una risa mientras decía que él tenía razón.
- Eso de que no puedas soñar es algo que me ha dado mucha curiosidad. Y algo que me ha destruido toda la felicidad del día es pensar que probablemente el fantasma de mi tatarabuela anda bailando zamacueca en su habitación.

Y hubiéramos seguido riéndonos por el comentario, sino fuera porque tuvimos que incorporarnos de volada ante la evidente reprimenda que nos ganaríamos de parte de uno de los conserjes que se acercaba con cara de pocos amigos. Ya no quedaba ni un estudiante en el campus, solo aquellos que tenían talleres ese día, y nosotros por perezosos nos habíamos acomodado en el césped junto a la cancha de cemento, prolongando la salida.

- ¡Dentro de dos semanas y media ya saldrá a la venta el último álbum de JOBEY! — comentó Tomas con emoción —. Le he pedido a Ronald que me separara uno así que...

- Bueno, eso si no se agotan todos — dijo Loi en tono de superioridad—. Es por eso que yo, como buena mujer precavida, ya le pedí a Iago que moviera un par de contactos para obtenerlo. — Y nos regaló una sonrisita llena de suficiencia—. Lo tendré en mis manos el próximo sábado.

- ¡¿Qué?! ¡¿El próximo sábado?! — gritó Tomas exaltado. Loi asintió campante—. ¡Cómo te odio!

Etel tuvo la amabilidad de ponerme al día diciéndome que Ronald era un amigo de Tomas que trabajaba en una discoteca, y que JOBEY era un DJ famoso que sacaba canciones buenísimas. La parte de Iago no tuvo que ser explicada porque de sobra sabía que era el hermano mayor de Loi que trabajaba en la clínica de su familia como oncólogo.

- Es uno de los mejores DJs actuales, Sisa, ¿y ni así lo conoces? — me preguntó sorprendida.

Bueno, me gusta la música pero soy más de las que le van a la antigua por influencia del abuelo. Y con respecto a las últimas, pues hay muchas que me gustan pero a veces ni siquiera me sé los nombres.

- Por cierto, el lunes probablemente vayamos a Izhi. No ha llovido desde ayer así que tal vez haya algo de sol por lo menos por dos semanas. Iríamos mañana pero tenemos lo del trabajo en grupo — me susurró Etel mientras Loi y Tomas seguían en su batalla verbal. La miré con curiosidad por el tono secreto —: Tomas va a salir con que estamos locas así que

quede entre nosotras tres, ¿sí?

- ¿Locas? — indagué curiosa—. ¿Y eso?

- Ya sabes, por lo del chico del muelle y...

Ah, ya, ok, ok. Comprendo.

El primer día de clases Tomas mencionó algo de que Etel y Loi andaban persiguiendo a un "famoso-anónimo-solitario-que-viendo-el-mar-se-veía-muy-profundo-y-genial". Al principio pensé que hablaba de mi hermano, pero días después ambas me explicaron que se trataba de un chico al que habían visto un par de veces por el bosque Izhi. Me sorprendió muchísimo que me hablaran de él con tanta emoción, y también me entró una curiosidad inmensa ante la descripción que me dieron:

»— ¡Lo único que hace es contemplar el mar, Sisa! — me había dicho Etel desfalleciente. Iba a decirle que era muy normal sentarse a ver el mar; pero después me lanzó que un chico guapo viendo el mar con ese gesto de angustia que traía en el rostro, era casi como la perfecta representación de Hamlet pensando en vengar o no a su padre después de retornar a Dinamarca.

La descripción fue algo estrambótica, sí. Se lo atribuí a la clase de Literatura que habíamos tenido hace poco.

Loi, por otro lado, me resumió de manera muy concisa toda la situación:

»— Está buenísimo, hermana. Y cuando digo buenísimo es realmente "bue-ní-si-mo".

Loi y Etel piensan casi lo mismo, lo diferente es la manera de expresarlo.

De repente oímos un par de gritos y algunos chicos que reconocí de mi clase empezaron a llamar a Tomas antes de que saliéramos de la escuela.

- ¿Qué? — gritó él sin comprender.

- ¡Práctica de tenis, a las siete! — le respondió uno.

- ¡¿Ah?!

Loi adquirió la misma expresión de espanto que acababa de poner Tomas. Bajó la mirada al bolso que traía junto a su mochila y resopló, contrariada.

- Eh, bien, iré por mi raqueta a casa — aceptó él no muy convencido —. ¡Les doy el alcance en un rato!

- ¡Puedes usar las de repuesto! — exclamó uno cruzando la pista.

- ¡Es que sin la mía no me siento muy cómodo que digam...! ¡Caray,

chicos!

Ninguno le creyó el tonito simulado, por lo que llegaron a nosotros y prácticamente se lo llevaron a rastras de vuelta a la escuela en medio de sus protestas.

Se despidió de nosotras moviendo una mano desde la otra acera.

- ¿Loi? — oí a Etel después de que el equipo de tenis secuestrara a Tomas —. ¡Loi!

- ¡Maldición! ¡Yo también tenía ensayo a las seis! ¡Inés la loca, va a matarme!

- ¿Hasta qué hora? — le pregunté.

Había conocido a la famosa profesora Inés la semana pasada y no era difícil de comprender el tono alterado de Loi: era una mujer de treinta y tantos años a lo mucho, de contextura delicada, muy de bailarina profesional, pero con una mirada de militar que asustaba.

- Nueve de la noche.

- ¡Apenas son las seis y media! — exclamó Etel—. Llegas de volada si te vas en taxi.

Casi nos abalanzamos sobre el primer auto que pasó. El conductor nos miró algo divertido al oírnos gritar al unísono el lugar de destino.

- ¿Vienes, Sisa? — El taxi voltearía a la casa de Etel y de ahí podría llegar a la mía, pero aún era temprano y quería aprovechar para practicar con el violín antes de retornar.

Me pidieron que me cuidara, que saludara a Joan de su parte (sí, ya los había presentado. Prácticamente me amenazaron para hacerlo la misma semana de inicio de clases), y después me quedé sola, frente a la escuela.

Bueno, podemos ir a ensayar un poco.

Tomé el autobús y aguardé mientras observaba la calle llena de establecimientos y miles de letreros luminosos. Los dientes me castañearon un poco ante el viento helado que me golpeó directamente cuando me bajé. Si practicaba hasta las ocho más o menos, podría llegar a casa antes de las nueve y no habría ningún problema. Saqué mi celular y le envié un mensaje de texto a Joan, avisándole. Cinco minutos después me llamó para pedirme que fuera con cuidado, y casi al segundo de colgar, se me apagó. No sé por qué siempre olvido cargar la batería.

Llegué al pequeño parque que ya usaba como lugar para practicar: era perfecto porque estaba muy iluminado y no había casi nada de gente

alrededor. Como el mar estaba en la parte de abajo, podía escuchar el tenue sonido de las olas.

Me acomodé en el banco de siempre, saqué el violín, le puse el soporte que había podido comprarle el año pasado y lo afiné en un par de minutos. Rebusqué en mi mochila el mp4 que Joan me había regalado para emplearlo a modo de grabadora, y lo puse sobre la banqueta antes de elevar el arco y dejarlo deslizarse suavemente por las cuerdas.

Las notas resonaban en mis oídos y de la nada terminé trasladándome al campo lleno de espigas cerca a la casa del abuelo. La brisa húmeda se convirtió en un viento frío surcándome el rostro, y el sonido del mar se transformó en el de su silbido.

»— Abuelo, ¿eso es una guitarra chiquita?

»— ¡Pero qué cosas dices, Cachorra! — Oigo la risa estridente. Joan también ríe pero lo hace solo porque la risa del abuelo es contagiosa: él tampoco sabe qué es eso —. Esto se llama violín, y suena muy bonito cuando se toca de manera correcta.

»— ¿Es tuyo?

»— Así es. Lo tocaba hace tiempo, pero ahora ya estoy algo oxidado. Esta parte es el mango, ¿lo ven? Lo de aquí son las cuerdas, y esta simpática vara se llama arco.

Corín aparece al inicio de las escaleras que dan al sótano, mirándonos con curiosidad. El abuelo sonrío y le pide que baje; y segundos después los tres somos testigos de esa magia llamada música. Veo los dedos del abuelo apretando con suavidad las cuerdas y su otra mano guiando el arco con destreza. Siento que los ojos me brillan, que el corazón me palpita con fuerza, porque yo también quiero hacerlo, quiero tocar así de bonito.

Quiero hacer música.

»— ¿Yo puedo hacerlo? — le pregunta Joan entusiasmado, el abuelo asiente y se inclina para mostrarle cómo sostenerlo. Lo pone sobre su hombro, le pide que mantenga elevado el rostro pero que observe al violín. «Deben sentirlo», nos dice, «sostenerlo como si tuviera vida». Mi hermano sigue cada paso y entonces oigo que canta, inuevamente canta!

Joan sonrío y el abuelo le dice que ahora deje que lo intente Corín.

»— Con suavidad, hija — le pide cariñosamente, pero yo siento que Corín lo sostiene con demasiada fuerza. «Le duele», quiero decirle, pero él solito se defiende bastante bien cuando ella pasa el arco por sus cuerdas y

recibe algo que suena a un llanto adolorido. El abuelo se inclina y le pide que lo intente de nuevo, pero Corín lo avienta al piso y se pierde escaleras arriba, muy enfadada.

Me arrodillo rápidamente para recogerlo porque que ambos podrían ponerse a llorar: el abuelo porque es su violín y a mí tampoco me gusta que traten mal mis cosas, y el violín mismo porque se ha dado un buen golpe contra el suelo. Entonces el abuelo me sonrío, me acaricia la cabeza y me indica cómo sostenerlo. Le digo que quiero hacerlo con cuidado porque ya no quiero escucharlo llorar y él lanza una carcajada diciendo « ¡qué cosas tan raras hay en esa cabecita! ». Tomo su brazo... ah, no, se llama "mango", y después sostengo el arco temblando ligeramente. El abuelo asiente y dejo que cuerdas y arco se encuentren.

Y entonces lo escucho...

"Hola, Sisa"

¿Eh?

Parpadeé bruscamente y me detuve. Una moto había pasado a una velocidad temeraria por algún lugar cercano.

Bajé el violín y detuve la grabación; Joan tiene razón: debería practicar en casa. A veces me pasa esto de dejarme llevar y termino en un estado algo extraño. Muy bien podrían haber venido a robarme y me hubiera dado cuenta cuando ya no tenía ni mochila ni violín.

Bajé la mirada al reloj de mi muñeca: ¡ay, no! ¡Las ocho y media!

Guardé todo en su sitio, corrí como alma que lleva el diablo al paradero y llegué en menos tiempo del que pensé. Bajé del autobús, atravesé un par de calles y después me vi ya dentro de mi vecindario, trotando en medio de las dos hileras de perfectas casas.

Crucé a la acera de enfrente y cuando estaba pasando por la casa de rejas negras no pude evitar voltear de reojo al ver las luces encendidas: la pequeña niña del tutú rosa que había visto hace tiempo estaba sentada en el escalón del pórtico con una muñeca al lado. Entonces se puso de pie con una enorme sonrisa, y comprobé que el mismo chico que andaba quién sabe por qué motivo en las madrugadas, venía por el lado de enfrente con las manos en los bolsillos.

Casi corrí a esconderme detrás de uno de los árboles.

La niña abrió la reja y prácticamente se lanzó sobre el recién llegado que la acogió afectuosamente. Dio un par de vueltas con ella para después besarla sobre la cabeza y dejarla con cuidado en el piso. Me asomé un

poco más y los vi entrar juntos a la casa, de la mano: ella dando un brinquito por cada paso que daba y él sonriendo divertido.

La puerta se cerró y un par de minutos después las luces de una habitación en el segundo piso se encendieron. Probablemente era la del chic...

¡No!

Se me escapó un pequeño grito cuando intenté ocultarme tras el árbol al ver las cortinas descorriéndose bruscamente. « ¡¿Por qué rayos estás haciendo esto?!», me increpé algo irritada. Casi podía jurar que el chico se había dado cuenta de que alguien lo andaba espiando.

Me acomodé la mochila y el estuche del violín sobre ambos hombros y decidí salir de mi escondite con la mayor dignidad posible. Digo, no necesariamente tendría que estar espiándolo a él: hay muchísimas razones para estar detrás de un árbol. ¡Tal vez una tarea de Botánica! Sí, sí.

Tomé una gran bocanada de aire y emprendí el retorno a casa. Di un par de pasos y después, con mucha discreción, volteé de reojo para echar un vistaz...

« Mala idea...»

No sé cómo le hizo pero nuevamente estaba en el pórtico y mirando hacia mi dirección. Muy, muy fijamente.

Vete a casa, ¡vete a casa! — me susurré y caminé todo lo rápido que pude, intentando que no se viera como una huida.

Llegué, y después de ingresar me apoyé sobre la puerta sumamente agitada.

¿Qué me pasa? ¿Por qué he salido corriendo como si fuera una criminal?

« Bueno, porque estabas espiándolo y espiar está mal»

¡Momento! Yo no estaba espiándolo: llegaba a casa y él apareció como invocado. Casi como si hubiera alguien que esperara que nos encontráramos y estuviera poniendo las piezas una a una.

Bien, eso ha sonado a muy mala excusa.

- ¿Eh? ¿Qué pasó, Bellota? — me preguntó Joan después de la cena, mientras cumplía con mi turno de lavar la vajilla—. Te he visto muy callada en la mesa y... ¡Ya deja de enjuagar tanto ese pobre plato! Vas a

borrarle los grabados. — Y me lo quitó de las manos, divertido.

- Nada, estoy bien — le respondí sin ganas de entrar en detalles. Joan se encogió de hombros y salió después de tomar una manzana del cesto de frutas.

Terminé con todos los utensilios y apagué las luces de la cocina. Gisell estaba tan contenta por su nuevo trabajo en la oficina que hasta me sonrió desde la sala. La miré con algo de curiosidad y después de dar las buenas noches me fui directo a mi habitación.

Han sido algo de cuatro noches las que lo he observado caminando por la madrugada. Recuerdo que la primera simplemente lo vi de paso, la segunda parecía retornar furioso, enojado. Y la tercera y la cuarta...

La tercera y la cuarta parecía volver algo triste.

No era como si desde la altura de la que lo observo pueda ver todos los gestos de su rostro; pero por algún extraño motivo su lenguaje corporal me hizo llegar a esa conclusión: las últimas veces aquel chico misterioso y huraño retornaba a su hogar, sin dejar de observar con tristeza a la luna.

- El asunto en realidad es de cuándo acá yo ando espiando a chicos que apenas y conozco — resoplé irritada.

Me dispuse a acomodar las cosas que debía llevar mañana a la escuela, y mientras sacaba los libros de Física e Historia me topé con el dibujo que había hecho en el Club de pintura. Debería haberlo enrollado como sugirió el profesor Ademar; así no estaría todo aplastado y arrugado.

Intenté alisarlo un poco para meterlo en el archivador que tenía bajo mi cama. Lo busqué a tientas sin inclinarme por completo, y por ese mismo motivo terminé con un tajo en el dedo pulgar provocado por el protector de plástico.

- ¡Auch!

Saqué el folder y lo lancé de mala gana sobre mi escritorio. Busqué la botellita de alcohol que tenía en uno de mis cajones y dejé que un par de gotitas cayeran. Me ardió un poco pero la sangre se disolvió por completo.

Tal vez sea un vampiro y venga ahora mismo por la sangre de mi dedo — murmuré divertida...

...y al instante oí un golpe sordo en la ventana.

- ¡Ay, Dios!

Pensé que había venido en forma de murciélago; pero antes de que huyera despavorida a la habitación de Joan, oí que alguien gritó: "¡Bellota!".

Descorrí las cortinas solo para encontrarme a mi hermano con Petardo saltando de aquí para allá en el jardín. El golpe sordo había sido porque el muy idiota había lanzado la pelotita de hule hacia mi ventana.

- ¡La romperás! — le grité disgustada. Me hizo un par de muecas y después me pidió que bajara.

Como aún no me había puesto la ropa de dormir e insistió tanto, decidí hacerle caso.

- ¿Qué te pasa, Bellota loca? Te he visto muy callada desde la cena.

- Nada — le respondí cuando llegué a él y Petardo se paró de dos patas sobre mi abdomen.

- ¿Estás triste porque tu hermano adorado ya se irá? — Volteé a verlo bruscamente y recién lo recordé: sus clases iniciaban en mayo, pero se iría antes para arreglar todo el papeleo del ingreso. Faltaban dos semanas y media para que regresara a Asiri.

Lo había olvidado por completo.

- Creo que no era por eso — añadió divertido y lanzó la pelotita a la otra acera. Petardo soltó un ladrido y salió disparado hacia ella.

Sentí un retortijón en el estómago: cuando Joan se vaya, me quedaré sola con Gisell y Corín en esta enorme casa.

Negué con la cabeza violentamente: él se iba pero para cumplir uno de sus sueños. No iba a ponerme sentimental y a arruinarle todo.

- No te librarás mucho tiempo de mí porque ni bien acabe el bachillerato iyo también me regreso a Asiri! — agregué convencida.

No quería que se pusiera triste al pensar que yo lo estaba.

- Vas a estar bien, Bellota. — Y me jaló por las mejillas de un lado a otro, ignorando por completo mis intentos para golpearlo —. Ya tienes a Loi y a Etel. A Tomas aún no lo conozco, supongo que ha de estar loco si le gustas pero en fin... ¡Ouch!— Le lancé un manotazo: Loi y Etel hablaban de más las veces que las llevaba a verlo.

Nos quedamos jugando un tanto, él despeinándose y yo golpeándolo,

hasta que nos percatamos de algo extraño: había demasiado silencio.

No ladridos, no protestas. ¿Mmm?

- ¡Petardo! — exclamamos al unísono.

Observamos en todas las direcciones pero ni rastro de él. Por un momento me asusté tanto que no me importó llamarlo a gritos en medio de lo silencioso que estaba el vecindario.

Le lancé la pelota hacia allá, ¿a dónde demonios se ha ido ese perro? — comentó Joan preocupado.

Caminamos por la pista mirando de aquí para allá, y cuando volví a gritar su nombre, oí un ladrido a lo lejos.

- ¡Por allá! — exclamé: terminamos acercándonos más y más a la casa de aquel chico, la de las rejas negras. Tragué despacio cuando distinguí a Petardo sentado en el jardín, con la lengua afuera y al lado de tres personas.

El hombre y la mujer que había visto hace un tiempo estaban ahí; y junto a ellos la pequeña niña del tutú rosa. Traía un bonito vestido color vino, del estilo que traen las muñecas de porcelana.

- ¡Perro gordo! ¿Dónde rayos te metes? — lo regañó Joan al llegar a él.
- ¿Es suyo? — nos preguntó la mujer con amabilidad. Tenía el cabello de color rubio oscuro y se veía bastante joven.
- Sí, es un perro algo loco: corre una bala. Me disculpo si les provocó algún inconveniente — añadió Joan tan simpático como siempre. La mujer le restó importancia; y nos explicó que lo habían oído ladrar con insistencia y cuando salieron, vieron que su pelota había dado a parar dentro de su jardín y exigía recuperarla.

Observé a la pequeña niña: traía el cabello amarrado en un moño sencillo, y cuando elevó la mirada me topé con un par de ojos avellana inmensos. Claramente era idéntica al hombre, pero tenía los ojos de la mujer.

Eran sus padres.

- ¿Te gusta, princesa? — preguntó su padre, poniéndose de cuclillas junto a ella. La pequeña asintió con energía y después me sonrió con emoción—. Disculpen, chicos, no... ¿no estará a la venta?
- ¿Petardo? — repitió Joan; el hombre asintió—. No, lo siento mucho. Sería como venderles a mi hermana, así que no — respondió con humor, y la pareja soltó una carcajada.

La pequeña volteó a mirarme insistentemente. En su mirada casi leí un: "dámelo, por favor".

Negué amablemente con la cabeza, y una sensación curiosa me atacó.

Esta niña...

Es como si ya conociera a esta niña.

No se puede, princesa. Ya es de otra familia — explicó su padre cuando la vio aferrarse con más fuerza al cuello de Petardo —. Se pondría muy triste si lo alejas de los seres que ama. Te hará feliz a ti, pero él será infeliz, ¿quieres eso?

Estaba acostumbrada a oír decir a los padres "no, es no, y punto", fue por eso que me sorprendió que este hombre tratara de explicarle a su pequeña hija por qué no podía cumplírsele el pedido, yendo más allá de la simple negativa.

- ¿Sí, cariño? — le preguntó ahora la mujer. La pequeña frunció los labios, algo decepcionada, pero luego asintió.

Petardo elevó una pata como para agradecerle.

- Igual puedes salir a jugar con él. Vivimos a un par de cuadras y algunas noches lo saco a pasear — sugerí. Me sonrió contentísima y volteó a mirar a sus papás, como confirmando su permiso para verlo —. Le gustan mucho los niños, así que no tienen por qué preocuparse. Es muy cuidadoso — añadí. Los Pastores alemanes a veces se ven intimidantes por su tamaño, pero el nuestro era tan agresivo como un osito cariñoso.

Joan me despeinó por completo a modo de felicitación.

- ¡Ya! — murmuré, empujándolo un poco y él rompió a reír.

- Parece que se llevan muy bien. ¿Son hermanos? — nos preguntó la mujer. Le respondimos que sí —. Y me parece que tú debes ser el mayor... — añadió gentilmente para Joan —. Dime, ¿eres tan buen hijo como pareces ser?

El tono anhelante me desconcertó un poco.

- Bueno, la mayoría de veces mi madre sería más feliz si me regalara a otra familia, pero se hace lo que se puede — le respondió en tono bromista y con eso se los ganó por completo.

Así era siempre Joan: encantador por donde se le viera. Me dio la ligera impresión de que la pareja parecía encantada y a la vez algo entristecida por la amabilidad de mi hermano. Me pregunté si no estarían

comparándolo con aquel chico, el que parecía ser su hijo, que caminaba por las madrugadas y tan distante se veía.

- Ya es algo tarde. Debemos irnos, Bellota.

- Síp.

- Vamos, Naina, también es hora de irse a la cama — anunció la mujer, y el hombre tomó en brazos a la pequeña que se despidió de mí moviendo la mano.

Naina: así se llamaba.

Sonaba tan a princesa de cuento.

- Parecen muy buenas personas, ¿verdad? — dije al aire mientras volvíamos a casa. Joan me dijo que sí por la ternura con la que trataban a su hija —. Mmm, ¿qué pensarías de una persona que es poco amable con esos señores? — me atreví a preguntarle.

- ¿Qué pensaría? Mmm, pues que es un completo imbécil...

Mira pues, yo ando pensando lo mismo.

- ...o que no los conoce por completo. — Lo miré y se encogió de hombros—. Suele suceder: la gente trata mal a gente que no se lo merece porque no los conoce a fondo.

Las personas no deberían tratar mal a otras personas así no los conozcan a fon... ¡Ayy!

Joan me aplastó la cabeza.

- Bellota, si todos pensarán como tú...— Esperé un halago pero solo obtuve una carcajada burlona— ¡... el mundo estaría patas arriba! — Intenté golpearlo mientras caminábamos y Petardo empezó a ladrar, animado—. Por cierto, me pregunto qué problema tendrá.

- ¿Eh? ¿Por qué lo dices?

¿Joan también habría visto al chico que se paseaba por las madrugadas?

- ¿No te diste cuenta? — Negué con la cabeza—. Bellota, esa niña no ha pronunciado ni una sola palabra.

Ah, hablaba de la niña...

¿Eh? ¡Es cierto! Esa niña no había dicho absolutamente nada durante toda la plática.

- Los niños a esa edad son gritones, no pueden dejar de parlotear — me explicó muy seguro—. Solo basta con recordar a Corín cuando tenía siete años.

- ¿Cómo sabes que tiene siete años?
- Bueno, es una suposición.

Ya llegábamos a casa; de repente lo oí suspirar.

- ¿Qué pasa?
- Sería tan triste que sean tan cariñosos con ella porque le pasó algo antes. — Lo observé de reojo: Joan era de esos pocos chicos a los que les gustan los niños, y no solo en plan de "son simpáticos", sino que realmente le agrada muchísimo pasar tiempo con ellos. Por eso no fue una sorpresa para la familia que anunciara su decisión de estudiar Medicina y especializarse en Pediatría.

Los árboles temblaron ante el soplo frío del viento. Comprendí lo que mi hermano había deducido.

Una niña que no habla pero que es muy querida por sus padres...

Tal vez había sufrido una experiencia traumática con anterioridad.